



“Dios nos quiere santos”

Índice

<u>Este número</u>	<u>3</u>
“Dios nos quiere santos”	
<u>Retiro</u>	<u>5</u>
Ser misión... ¡En marcha!	
<u>Formación</u>	<u>10</u>
El papa Francisco, renovación y resistencias	
<u>Comunicación</u>	<u>21</u>
La comunicación digital en los tiempos de Francisco	
<u>Carisma salesiano</u>	<u>24</u>
Notas para un “pequeño tratado” sobre la meditación salesiana	
<u>Pastoral Juvenil</u>	<u>40</u>
Introducción al documento sinodal	
<u>La Solana</u>	<u>43</u>
Soportar pacientemente a las personas molestas	
<u>Familia</u>	<u>49</u>
Claves para una pastoral juvenil orientada a la familia	
<u>Lectio divina</u>	<u>58</u>
La mediación eclesial	
<u>El Anaquel</u>	<u>63</u>
‘Repuestos Menéndez’	
<u>La levedad de los días</u>	<u>65</u>
Romper el alma o partir el corazón	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000

Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Samuel Segura, Juan José Bartolomé, Cándido Orduna, Segundo Cousido, Jesús Rojano e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

► Este número

“Dios nos quiere santos”

Mateo González Alonso

T

ras hacerse esperar un poquito ya se ha publicado en español el documento final del sínodo de los jóvenes. De hecho, en este número de nuestra revista forum.com de enero ofrecemos los números iniciales y finales en la sección de “**Pastoral juvenil**”. Precisamente en uno de los puntos conclusivos encontramos una similitud con el aguinaldo de este año 2019 que acabamos de estrenar. Tanto el sínodo como el Rector Mayor nos recuerdan la llamada a la santidad. «Las distintas vocaciones –nos dicen los Padres Sinodales– se resumen en una llamada a la santidad única y universal, que en el fondo es vivirla con la alegría del amor que resuena en el corazón de cada joven. Efectivamente, solo a partir de la única vocación a la santidad se pueden articular las diferentes formas de vida, sabiendo que Dios «nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (Francisco, *Gaudete et exsultate*, 1). [...] Condición fundamental para toda renovación es recuperar en la pastoral ordinaria de la Iglesia el contacto vivo con la bienaventurada existencia de Jesús». Este impulso renueva y alienta nuestra misión cotidiana, objetivo propio también de nuestra propia formación personal y comunitaria.

Para ello os ofrecemos este nuevo número de forum.com plagado de propuestas salesianas, en este 24 de enero, como el “**Retiro**” que se ofrece en el marco de las propuestas de la Semana Vocacional y en línea con nuestro lema pastoral del año. También en la sección “**Carisma salesiano**” recogemos un texto inédito en español que rescata algunos documentos sobre la meditación en los orígenes de la congregación.

Más salesianidad se sigue ofreciendo en la quinta de las “*Lectio Divina*” de Juan José Bartolomé a partir de los iconos pastorales que

nos presenta la última edición del Cuadro Fundamental de referencia de la Pastoral Juvenil. Y también en el apartado dedicado a la “**Familia**” ofrecemos la última de las ponencias del Congreso de Familia Salesiana de la inspección dedicada a hacer una lectura salesiana de *Amoris Laetitia*.

Además, en la sección de “**Comunicación**” nos presenta la mirada de una joven periodista sobre la comunicación del papa Francisco. En la sección de “**Formación**” también acudimos al pontífice argentino para hacer una lectura de conjunto de lo que nos está dejando este tiempo del Espíritu de renovación y resistencias internas.

Nuevamente ofrecemos material formativo para los mayores en nuestra “**Solana**” –a través de una reflexión sobre las personas molestas debido a la edad o la enfermedad– y en el “**Anaquel**” ofrecemos una curiosa reflexión de un Superior General en torno a una anécdota graciosa. Y cerramos, con las reflexiones cotidianas de Isidro Lozano en sección la “**Levedad de los días**”.

A una semana de la fiesta de Don Bosco y en el día de san Francisco de Sales os deseamos toda la paciencia y la valentía para afrontar los retos de la propia formación. ¡Buena lectura!

Retiro

Ser misión... ¡En marcha!

Semana vocacional 2019

Motivación

Una vez más, un año más, las comunidades salesianas acompañamos el desarrollo de la Campaña de Pastoral del curso con el retiro del mes de enero. Dicha Campaña Pastoral invita a los jóvenes de nuestras obras, a vivir la vida como una “aventura paso a paso con Jesús”, para los más pequeños. Y como una “misión” para ponerse “en marcha”, un “reto para “cambiar el mundo”, para los mayores. La misión y el reto que queremos plantear a los jóvenes es la de buscar, encontrar y seguir la propia vocación, el propio proyecto de vida soñado por Dios para cada uno de ellos. Es la línea de fondo que alimenta la campaña de animación vocacional especialmente a partir de este mes de enero con diversos materiales pastorales.

Como salesianos, acompañamos esta campaña para los jóvenes en esta jornada de retiro con nuestra reflexión y oración. Nos centramos en el tema de la *misión*: no tanto como tarea de descubrir nuestra vocación, consagrada y salesiana; sino *para redescubrir y vivir nuestra vocación profesada y vivirla con renovado impulso*. A ello nos invita la Iglesia, a través del Papa Francisco. A ello nos invita, en este mes de enero, el propio Don Bosco, a través de nuestras constituciones y nuestro último CG27. A ello estamos invitados cada uno de nosotros, dando un paso más en este retiro, creciendo cada día en la *conversión pastoral* que nos pide la Iglesia y los jóvenes.

Somos misión

Así nos lo dice el Papa Francisco, a nosotros y a todo el pueblo cristiano: “La misión no es una parte de mi vida o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo” (*Evangelii Gaudium*, 273).

Somos misión, y no solamente *realizamos una tarea* educativo-pastoral, por muy meritoria o implicativa que sea. *Somos misión* las 24 horas del día. Desde lo que *somos* y también desde lo que *hacemos*. Como dicen nuestras Constituciones, es “la misión la que da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta” (art. 3). A toda nuestra

existencia, no solo a nuestro trabajo educativo-pastoral. A toda nuestra existencia, que está configurada por “la misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos, elementos inseparables de nuestra consagración, vividos en un único movimiento de caridad hacia Dios y los hermanos” (art. 3).

Además, “en el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación” (art. 2). Una santificación que, como nos dice el Papa Francisco, es nuestro objetivo en esta vida como creyentes, porque “Dios nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada” (Gaudete et exultate, 1). Una santidad que es además “el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes” (art. 25) Es la “santidad, también para ti” de la que nos habla el Aguinaldo 2019 del Rector Mayor, y que se realiza en nosotros, salesianos, desde nuestro *ser misión*.

La actividad, tantas veces lo hemos escuchado, si no está radicada en nuestra experiencia de Dios, no pasa de ser activismo estéril. La entrega a la tarea educativo-pastoral sin sentirse enviado y apoyado por la comunidad, no pasa de ser una aventura personal sin futuro que crea dependencias insanas. La oración, personal y comunitaria, si se convierte en una excusa para cumplir con la comunidad o un refugio del testimonio que debemos dar a los jóvenes, no pasa de ser un misticismo vacío. La vida de comunidad vivida como una simple coexistencia para la supervivencia personal y no como una llamada del Señor a construir el Reino, se queda en una soltería egoísta. En ninguna de estas circunstancias, se *es misión*.

Como cristianos que somos, estamos llamados a *ser misión*. Y para nosotros, como religiosos salesianos, vivimos nuestro *ser misión*, de forma inseparable, en las tres dimensiones que nos definen: nuestra experiencia de Dios, nuestra fraternidad y nuestro servicio a los jóvenes. Estamos invitados a reflexionar y orar en cada una de estas tres dimensiones, en este mes de Don Bosco.

Ser misión en nuestra experiencia de Dios

El CG27 nos recuerda que “solo el encuentro personal con Dios a través de Su Palabra, los sacramentos y el prójimo, nos hará significativos y testigos auténticos en la Iglesia y en la sociedad (...) y si no hablamos de nuestra experiencia de Dios, corremos el riesgo de no comprender nuestra misión específica de religiosos en el mundo de hoy” (nº 2).

La experiencia de Dios no se reduce al recinto de lo personal o de los momentos comunitarios de oración. O es expansiva, o no es auténtica. O es testimonial, o no es. “Son los muchachos y las familias, en particular, quienes nos interpelan sobre nuestras raíces espirituales y nuestras motivaciones vocacionales, despertando en nosotros la identidad de consagrados y nuestra misión educativa y pastoral” (CG27,3). Viviendo y también manifestando a los demás, especialmente a los jóvenes, nuestra experiencia de Dios, nuestro modo concreto de amarle, es como *somos misión*.

Y también, por supuesto, nuestro encuentro con los jóvenes es fuente de nuestra experiencia de Dios. “Los jóvenes son nuestra *zarza ardiendo* a través de la cual Dios

nos habla. Es un misterio (...) ante el cual hay que quitarse las sandalias para contemplar la revelación de Dios. Esta fuerte experiencia de Dios nos permite responder al grito de los jóvenes” (CG27,52). Reconocemos que la *unión con Dios se vive entre los jóvenes*”.

Una vez más, hay que recordar el *acto de fe del salesiano* que proclamó ya el CG23: “Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con él, y para prepararnos a servirlos en ellos” (nº 95). Nuestra experiencia de Dios *es misión* cuando se testimonia entre los jóvenes y cuando se alimenta del encuentro con ellos. La autenticidad de nuestra experiencia de Dios está determinada por nuestra tarea como misioneros de los jóvenes, entre los cuales se nos pide ser “signos y portadores del amor de Dios” (C 2).

Señor Dios, te busco y te necesito. Te busco y a veces no te encuentro. Me estás esperando para encontrarte conmigo en los hermanos de mi comunidad, en los jóvenes que acuden a nuestra obra. Y te resistes a hacerme sentir tu presencia cuando me encierro en mis cuatro paredes o cuando juzgo la realidad y a los jóvenes desde las estadísticas o las noticias que me llegan. No te siento cuando me niego a aceptar que, en la realidad que me rodea y en las personas con las que me relaciono, estás presente. Por eso me cuesta a veces testimoniar de forma sencilla a la gente, a los jóvenes, lo feliz que me hace haberme consagrado a ti. Aumenta, Señor, mi fe. Dame fuerzas para salir de mi comodidad y buscarte allí donde tú me esperas.

Ser misión en nuestra fraternidad

Nuestro vivir y trabajar juntos en comunidad no es una estrategia económica o laboral. “Es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación” (C 49). Es iniciativa de Dios, que “nos llama a vivir en comunidad dándonos hermanos a quienes amar” (C 50). Y para no perder este don “que se nos ofrece a nosotros y a toda la Iglesia, la visibilidad de la dimensión fraterna de nuestra vida debe ser más consciente, más directa, eficaz y gozosa” (CG27 39). Es decir, *más misión*.

La vida de comunidad “tiene una clara relación con nuestra misión y con el mundo de los jóvenes, sedientos de comunicación auténtica y de relaciones transparentes (...) y se manifiesta a sí misma en la misión común. Además, la unanimidad en la acción apostólica de los hermanos se hace profecía de la comunidad, y tal testimonio favorece el nacimiento de nuevas vocaciones” (CG27 40).

Por tanto, *somos misión desde nuestra fraternidad*, cuando es visible a nuestros destinatarios nuestra vida común y el trabajo educativo-pastoral que compartimos como grupo, como equipo, junto con los colaboradores seculares. Nuestra fraternidad no es solo nuestra: se abre a la comunidad educativo-pastoral, especialmente a los jóvenes y a la Familia Salesiana. Nuestra implicación como comunidad en la tarea con los jóvenes no es estrategia de funcionamiento: es profecía de iglesia evangelizadora.

A veces, Señor, vivo la experiencia de comunidad como el refugio donde tengo todas las necesidades básicas cubiertas sin apenas esfuerzo. O como el ámbito en el que vengo a descansar de mis múltiples tareas, buscando no molestar ni ser molestado. Sé que, en esos momentos, Señor, no soy misión. No te encuentro en los hermanos, ni soy para ellos signo de tu presencia. No colaboro en construir una comunidad abierta que testimonia a los jóvenes y las familias la felicidad de vivir juntos tu llamada a servirles en tu nombre. Ayúdame, Señor, a poner todo de mi parte para que nuestra comunidad irradie luz a su alrededor, y nuestro servicio a los jóvenes testimonie la fuerza de tu amor salvador.

Ser misión en nuestro servicio a los jóvenes

Nuestro servicio a los jóvenes no se reduce a las horas diarias que podamos estar desarrollando una tarea educativa o pastoral específica. En una sociedad individualista y de la autorrealización personal como la que vivimos, siempre corremos el peligro de vivir nuestro servicio *a tiempo parcial*, hasta donde llegan nuestros horarios y compromisos. Y después, disponer de tiempo y fuerzas para nuestra vida e intereses personales. Cuando vivimos nuestro servicio a los jóvenes así, *no somos misión* para ellos; simplemente realizamos una profesión y cumplimos una responsabilidad adquirida.

Para *ser misión* entre los jóvenes, se nos pide “pasar de una vida dominada por el aburguesamiento a una comunidad misionera y profética, que vive compartiendo vida con los jóvenes y los pobres” (CG27 74.1). Para ser misión entre los jóvenes, “es necesario pasar de la distancia con los jóvenes a la presencia activa en medio de ellos, con la pasión del Buen Pastor” (CG27 72.1). Y esto, ciertamente, engloba toda la vida del salesiano, “es un impulso apostólico (la caridad pastoral) que nos mueve a buscar las almas y servir únicamente a Dios” (C 10), más allá de horarios o de actividades encomendadas.

En este sentido resultan significativas las palabras del Rector Mayor en el discurso final del CG27: “me atrevo a pedir (...) que allí donde un hermano tiene fuerza, pasión educativa y evangelizadora, vocación auténtica para ser por y para los jóvenes y en medio de ellos, sea cual sea su edad, se haga lo posible para que pueda verse libre de otras tareas y gestiones, y pueda hacer lo que mejor debiéramos saber por vocación: ser educadores-pastores de los jóvenes” (CG27 p. 183-184).

Vivimos unos momentos históricos en los que a los salesianos se nos pide que nos entreguemos de corazón a lo que es específico de nuestra vocación: ser signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes. Y hacerlo a través de aquellas tareas en las que nadie puede sustituirnos como consagrados. “¿Qué salesianos para los jóvenes de hoy?”, nos preguntará el CG28, de próxima celebración.

Señor, quiero ser misión en todo lo que hago, pienso, siento y vivo. Quiero hacer más las palabras de Don Bosco: “Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida” (C 14). No quiero encerrarme en mí mismo, en mis intereses, en mis aficiones. Ayúdame a redescubrir que mi tiempo no es mío, es de los jóvenes que me esperan en mi obra. Que mi salud les pertenece, que mis cualidades y capacidad de amar deben estar a su servicio. Que mientras tenga tiempo y fuerzas, debo entregarlas por entero en el trabajo, en el servicio humilde, en la presencia entre los jóvenes y las familias, sabiendo que “ya descansaremos en el Paraíso”.

Formación

El papa Francisco: impulso renovador y resistencias¹

Jesús Martínez Gordo²

Cinco años después de su llegada a la sede de Pedro, nadie duda ya a estas alturas de cuáles son algunos de los ejes principales del pontificado de Francisco: la centralidad de los pobres, la reforma de la Curia, la apuesta por un gobierno colegial... A este impulso renovador, sin embargo, no le están faltando importantes resistencias en el seno de la propia Iglesia por parte de una minoría beligerante y con cierta capacidad para bloquear posibles decisiones sinodales. Nada que el Papa argentino no pueda superar con el axioma que preside desde el principio su proyecto de renovación: la misericordia, pilar de esa “conversión espiritual” sobre la que se sustenta la llamada “conversión pastoral”.

Cuando el 11 de febrero de 2013 Benedicto XVI anunció que renunciaba a seguir en la cátedra de Pedro, la situación del papado y de la Curia vaticana eran particularmente problemáticas. No faltaron quienes, una vez superada la sorpresa inicial, indicaron que la misma obedecía, sobre todo, al fracaso rotundo en que había cristalizado la recepción involutiva del Concilio Vaticano II que –impulsada por Juan Pablo II y sostenida por el cardenal Joseph Ratzinger– había cuajado en una crisis de credibilidad del papado así como en una tensa relación no solo con la curia vaticana, sino, sobre todo, con sectores importantes de la sociedad civil y con muchas comunidades y personas en el seno mismo de la Iglesia católica. Era evidente, además, una creciente y preocupante desafección eclesial en muchos países; sobre todo, de Europa occidental. Y, entre ellos, obviamente, España.

La Iglesia necesitaba una renovación profunda y rápida, tanto en su cabeza como en la relación que mantenía con el mundo y con muchas de las comunidades cristianas.

¹ Pliego publicado por “Vida Nueva”, núm. 3.095(2018). Se puede consultar J. MARTÍNEZ GORDO, “La conversión pastoral”, en *Iglesia viva*, 269 (2017), pp. 35-56.

² Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz.

1. La sorpresa: un papa venido del fin del mundo

El contenido de estas inquietudes y demandas fue fraguándose en las congregaciones generales que se celebraron durante los días previos al consistorio en el que fue elegido –para sorpresa, nuevamente, de casi todos– el cardenal argentino Jorge Mario Bergoglio, de formación jesuítica y que había adoptado el nombre de Francisco, buscando un pontificado presidido por la síntesis entre la pobreza del santo de Asís y la espiritualidad del de Loyola.

Desde el momento en que se asomó a la balconada principal de la Basílica de San Pedro para impartir la primera bendición *Urbi et Orbi*, se supo que este nuevo papa era un gran comunicador. Y que no solo se inclinaba ante el pueblo reunido en la plaza o solicitaba su bendición, y los despedía invitándoles a que descansaran, sino que regresaba a la residencia romana en la que se había alojado hasta entonces para coger sus enseres y pagar la estancia; se trasladaba a vivir a Santa Marta, dejando los apartamentos papales; aceptaba el regalo de un viejo Renault 4L, ofrecido por un sacerdote italiano y se paseaba con él, en señal de agradecimiento; iba a visitar al oculista, en vez de llamarle para que se personara en las dependencias vaticanas; comía con los trabajadores de la Santa Sede y, sobre todo, realizaba su primera salida oficial a Lampedusa, la isla sobrepasada en su capacidad de acogida por la multitud de refugiados que llegaban a sus costas. Al hacerlo, llevaba a primera página de la prensa mundial el problema de los migrantes en el Mediterráneo, una de las preocupaciones que, desde entonces, estará permanentemente presente en sus palabras y en muchas de sus decisiones.

Estos sencillos y, a la vez, sorprendentes gestos venían acompañados de un magisterio diario y directo, gracias a la predicación matutina y a sus declaraciones en diferentes medios de comunicación social de todo el mundo. Y lo hacía abordando temas de actualidad y empleando las expresiones populares a las que había recurrido siendo arzobispo de Buenos Aires, y con una admirable libertad.

2. Aparecida: “el ver está afectado por la mirada” del discípulo

De entre todos los datos y detalles de su vida que empezaron a conocerse aquellos primeros días, hubo uno que pasó desapercibido, pero que, visto lo acontecido posteriormente, aportaba algunas claves importantes para comprender un papado que, de salida, se presentaba muy singular: su decisivo papel en la V Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano y del Caribe (CELAM), celebrada en Aparecida (Brasil) del 13 al 31 de mayo de 2007.

Allí defendió la necesidad de desterrar la “indefinición” y asepsia que lastraba la teología latinoamericana: el “ver” tenía que ser, por supuesto, riguroso y, a la vez, el propio de quien se auto-percibe como discípulo de Jesús. Su apuesta por una “lectura creyente de la realidad” fue criticada por dieciséis presidentes de conferencias episcopales, al entender que había de incorporarse como un momento propio del

“juzgar”. Sin embargo, el cardenal Bergoglio la siguió defendiendo como propia del “ver”, logrando sacarla adelante.

Retomará esta inquietud seis años después, siendo ya papa, en el encuentro que tuvo con la presidencia del CELAM y con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud (Río de Janeiro, 2013): la Iglesia –insistió– no había superado todavía la tentación de “buscar una hermenéutica de interpretación evangélica fuera del mismo mensaje del Evangelio y fuera de la Iglesia”..., “bajo la forma de asepsia”. Aparecida había puesto de manifiesto que no era viable un análisis neutral, ya que “el ver estaba afectado por la mirada”, que, en el caso del cristiano, era y seguía siendo “la del discípulo”.

3. Un diagnóstico propio e integrador

En la centralidad que concedía a esta “mirada” –y al “pueblo fiel” y pobre que la sustentaba– se podían encontrar algunas claves de los gestos y del singular magisterio que estaba desplegando el papa Francisco, tratando de llevar adelante la reforma acordada en las congregaciones generales de cardenales, previas al consistorio en el que había sido elegido papa. Dicha reforma necesitaba fundarse en un oportuno enriquecimiento de los dos diagnósticos en los que se había apoyado el gobierno y el magisterio de sus predecesores.

3.1. La dictadura del “relativismo” y de la “inequidad”

En primer lugar, a Francisco también le preocupaba la “dictadura del relativismo” (tan omnipresente en los pontificados anteriores), pero, a diferencia de la perspectiva cultural con que la habían afrontado Juan Pablo II y Benedicto XVI, la suya era, principalmente, económica y política. Y, a partir de la centralidad de estas últimas, integraba la cultural. Compartía con ellos –como se podrá escuchar en diferentes ocasiones– que el mundo estaba gobernado por una “dictadura”, pero entendía que dicha dictadura consistía, sobre todo, en la búsqueda compulsiva del beneficio por encima de todo y de todos y, como consecuencia de ello, en la promoción de una cultura presidida por la “inequidad”. No era de extrañar que, en diferentes ocasiones, sostuviera que “el capitalismo mata” y que genera una (in)cultura inhumana en la que todo queda relativizado a la luz (mejor dicho, a la sombra) del sacrosanto beneficio. Por eso, concluirá, mientras se siga dando una autonomía desbocada a los mercados y se promueva la especulación financiera, no se estará solucionando ni afrontando la desigualdad e injusticia en la que cuaja el dogma del lucro y del beneficio a cualquier precio y la relativización de todo lo demás.

3.2. La “mundanidad espiritual”

Francisco también compartía la inquietud por la “mundanización” de la fe, que tanto había preocupado a sus predecesores. Pero, a diferencia de ellos, la calificaba como

“mundanidad”, y proponía una terapia distinta, al considerar que el mal que la provocaba no era, una vez más, solo consecuencia de una acrítica sintonía de los cristianos con la modernidad o de una desmedida exaltación de la libertad personal. Según su diagnóstico, presentaba unas raíces, más bien, espirituales, ya que consistía en buscar únicamente la gloria humana y el bienestar personal; en atender la apariiencia, la vanidad, el prestigio y la ostentación o en asumir la autorreferencialidad como el único horizonte de la existencia (cf. EG 93-97. 2).

Consecuentemente, la sanación pasaba por la vuelta al corazón del Evangelio, a partir del clamor de los pobres, los parias y los crucificados del mundo. E, igualmente, a tomar en consideración su piedad, religiosidad y cultura, es decir, al “pueblo fiel” y pobre. Al decantarse por tal “medicina”, lo que primaba no era una terapia marcadamente doctrinal, sino, sobre todo, espiritual: lo principal consistía (y consiste) en conocer por comunión, connaturalidad, participación, empatía o “contagio” con los crucificados de este mundo, los preferidos de Dios: “Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40). Después, dar razones, elaborar una doctrina, auxiliados por el magisterio.

El papa Bergoglio, predicando y comportándose de esta manera, reabría algunos de los puentes bloqueados durante los últimos decenios con importantes sectores de la sociedad civil. Y, al entender que la vida y la religiosidad de los pobres eran la mejor medicina contra dicha “mundanidad espiritual”, marcaba distancias con respecto a otras alternativas, también civiles, insuflando, a la par, oxígeno en muchos colectivos eclesiales, acallados durante los pontificados anteriores, por haber asumido tal referencia como la central en el seguimiento de Jesús y en la comprensión de la revelación cristiana. Se incrementaba el número de quienes creían que, debidamente aplicada, esta “receta” teológico-espiritual también permitía afrontar, con ciertas garantías de sanación, la “mundanización de la fe” que tanto había preocupado a Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Pero, como era previsible, tampoco hubo que esperar mucho para comenzar a oír que este sucesor de Pedro estaba infectado de comunismo o que, simplemente, había puesto en funcionamiento la piqueta para destruir los cimientos de la fe en nombre de un populismo más preocupado por caer bien que por ser fiel al Evangelio, acogido en el cauce de la tradición viva de la Iglesia. Otros empezaban a acusarle de ser, en el mejor de los casos, un pauperista, incapaz de superar un “buenismo” tan moralmente admirable como prácticamente inútil y ciego. Más allá de estas acusaciones, semejante manera de proceder y de comunicarse marcaba diferencias con respecto a la de sus predecesores: manifiestamente teológica, en el de Benedicto XVI; claramente moral, en el de Juan Pablo II; y con “olor a oveja” o pastoral, en el suyo.

4. Las claves de su pontificado

Quedaba por ver cuál podría ser el axioma que pudiera presidir su proyecto de reforma o renovación y que, a la vez, fuera capaz de englobar las aportaciones magisteriales de Karol Wojtyła y Joseph Ratzinger.

4.1. “Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo”

No hubo que esperar mucho. A los pocos días de ser elegido, ya ofreció la primera y más importante pista: su pontificado iba a estar presidido por lo que se podría llamar el axioma de la misericordia. Lo manifestó el domingo siguiente a su elección: antes del cónclave, el cardenal Walter Kasper le había regalado un libro que había escrito sobre la misericordia.

Su lectura le había “hecho mucho bien”, porque le mostraba argumentadamente que ese era el “nombre de nuestro Dios” y que “un poco de misericordia” –prosiguió– podía cambiar también el mundo o, como mínimo, hacerlo “menos frío y más justo”.

Con esta confesión recuperaba y reconducía un debate de enorme alcance sobre la representación y el discurso menos inadecuados para hablar de Dios y relacionarse con Él.

Existían, en primer lugar, la teología y la espiritualidad centradas en el imaginario del juez que procede implacablemente en conformidad con el cumplimiento (o no) de la ley. En la parábola del juicio final, entre otros pasajes, se encontraba el fundamento de la misma y la importancia que presentaban las obras: bien fuera para conquistar o merecer el premio de la salvación eterna, bien fuera por temor a no ser apartado de ella. Era una representación que, tradicionalmente, había tenido un enorme arraigo, ofreciendo, a la vez, una indudable potencia para configurar la existencia, por lo menos, la católica, y, en alguna medida, la historia de la humanidad durante muchos siglos.

Pero también concurrían, en segundo lugar, el discurso y la espiritualidad presididos por el imaginario de un Dios acogedor y comprensivo, que se transparentaba, por ejemplo, en la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32) y en el caso de la mujer sorprendida en adulterio (cf. Jn 8, 1-11). A diferencia del anterior, el acento no estaba puesto en las obras que había que realizar para ganar la salvación o en el temor, sino en el reconocimiento de la debilidad y en la confianza en Dios, percibido como un padre comprensivo y acogedor.

La posibilidad de un encuentro entre ambas representaciones remitía a un viejo y penoso debate que alcanzó uno de sus momentos álgidos en tiempos de Martín Lutero (1483-1546) y que vino acompañado no solo de sangrientas batallas, sino también de infinidad de encendidas discusiones, porque casi siempre se buscaba disolver en el propio imaginario el alternativo, no concediéndose oportunidad alguna a la posibilidad de articular la indudable importancia de las obras “católicas” con la no menos innegable preocupación “luterana” por la gracia o gratuidad de la salvación.

Francisco, al proponer la representación, el discurso y la espiritualidad de un Dios misericordioso, estaba retomando los ensayos de aproximación que, más serenos desde la finalización del Concilio Vaticano II, se habían realizado al respecto y que buscaban articular lo mucho y bueno de cada imaginario con el fin de alcanzar otro más

integrador, inclusivo o armónico y en conformidad, una vez más, con el corazón mismo del Evangelio.

En efecto, desde la finalización del Vaticano II se venía escuchando que, para ser un buen “católico”, había que ser un poco “luterano”, es decir, que era preciso reconocer la salvación no tanto como una conquista, sino como un regalo de Dios, una gracia. Las obras no podían ser realizadas como meros medios para superar el juicio divino o para acallar un insuperable temor y miedo, sino como respuesta agradecida al amor de Dios que es, ante todo y, sobre todo, manos tendidas y brazos abiertos.

Y, por supuesto, también se podía escuchar que, para ser un buen “luterano”, había que ser un poco “católico”, es decir, que el amor de Dios no justificaba, de ninguna manera, indolencia alguna. Y menos cuando el dolor, el sufrimiento y la desolación siguieran campando por sus fueros. En definitiva, y parafraseando a san Juan de la Cruz, “al atardecer de la vida” no solo nos iban a examinar “en el amor” (con los luteranos), sino también “del amor” (con los católicos). Por tanto, no era posible renunciar a las obras, cuando menos como modesta pero agradecida respuesta al amor de Dios.

En el axioma de Francisco, el centro ya no lo ocupaban ni la gracia ni las obras, sino la misericordia. Y esta era percibida, a la luz de lo que Jesús había dicho, hecho y encomendado, como conjunción de gratuidad antecedente y de obras consecuentes. Nada que ver con el premio, con la conquista o con el temor, sino con la respuesta agradecida. Adentrarse en el misterio de Dios, así percibido y experimentado, impulsaba a promover un mundo “menos frío y más justo”. Y habilitaba, a la vez, para reconocer semillas de unidad, verdad y bondad en todas las situaciones, más allá de lo irregulares que pudieran ser, además de acompañar a las personas hacia la plenitud a la que estaban convocadas. La perspectiva era manifiestamente acogedora, propositiva y acompañante, más que condenatoria y autoritativa.

Asomaba en este axioma lo que el mismo papa Bergoglio calificará como reforma o “conversión espiritual”, posiblemente, la más importante de todas las “renovaciones” a las que se irá refiriendo en diferentes ocasiones y la que sustentaba la llamada transformación o “conversión pastoral”.

4.2. “El papa no está, por sí mismo, por encima de la Iglesia”

Otra señal de por dónde iba a encaminarse la renovación fue la convocatoria, en octubre de 2013, de dos sínodos sobre la familia, uno extraordinario, para el año siguiente y, otro, ordinario, para octubre de 2015, precedidos por una consulta previa al pueblo de Dios que, finalmente, acabaría siendo doble. Francisco buscaba repensar la pastoral familiar y la moral sexual en comunión con el colegio episcopal y escuchando el parecer al respecto de todos los bautizados, el llamado *sensus fidelium*. Y esto sí que era una novedad de mucho calado, porque recuperaba otro punto de necesaria e imprescindible articulación, prematuramente cerrada en el posconcilio, entre la verdad entregada en Jesús (autoritativamente anunciada por los sucesores de los apóstoles) y la fe del pueblo fiel, reconocida (*in credendo*) como infalible por el Vaticano II.

Empezaba a mostrarse que, en su magisterio y gobierno eclesial, no solo eran importantes los gestos carismáticos, sino también un afrontamiento sinodal de las cuestiones de fondo. Y que entendía dicha sinodalidad como articulación de colegialidad episcopal y corresponsabilidad bautismal. Sin duda alguna, una acertada recepción del Vaticano II. Y una gratísima sorpresa.

Pero, siendo mucho, no fue todo. Todavía estaban por llegar unas memorables declaraciones, realizadas en el transcurso del Sínodo de 2015; concretamente, el 17 de octubre, con ocasión del homenaje a Pablo VI por los 50 años de la institución del Sínodo de los Obispos. En aquella ocasión, indicaba que el papa no estaba, “por sí mismo, por encima de la Iglesia, sino dentro de ella como bautizado entre los bautizados y dentro del colegio episcopal como obispo entre los obispos, llamado a la vez, como sucesor del apóstol Pedro, a guiar a la Iglesia de Roma, que preside en el amor a todas las Iglesias”. Unas declaraciones que dieron inmediatamente la vuelta al mundo. Y que, porque sorprendían, indicaban que todavía se seguía teniendo una percepción del papado marcadamente unipersonal y que necesitaba ser superada. Quedaba por ver qué decisiones pudiera tomar al respecto, es decir, para propiciar un gobierno eclesial realmente colegial de los obispos con él y, a la vez, corresponsable o, lo que es lo mismo, de todos los bautizados con sus respectivos prelados.

Era difícil no reconocer en estas primeras disposiciones, y en las consideraciones que las acompañaban, los pasos oportunos para una segunda renovación, la que el mismo papa Bergoglio denominará “del papado”. A ella había que sumar la que se llamará “eclesial”, la reforma que pasa por activar procedimientos que, transparentes y participativos, permitan a los bautizados –en todos y en cada uno de los ámbitos y lugares de la Iglesia– ser sujetos activos, no meros receptores.

Por estas fechas ya comenzó a oírse que, con la llegada de Francisco, se podía escuchar un magisterio pontificio durante mucho tiempo esperado y que tenía, igualmente, gestos muy significativos, de indudable alcance profético y, en no pocas ocasiones, cargados de cercanía con los dolientes de nuestro mundo; pero, se apostillaba, tenía que empezar a tomar decisiones más concretas y que afectaran al entramado jurídico que se había tejido durante los últimos decenios. Y no faltaron quienes, yendo un poco más lejos, incluso, indicaban que Francisco “marcaba el intermitente hacia la izquierda, pero luego, a la hora de la verdad, giraba a la derecha”. Un comentario que se acercaba más a un exceso verbal que a la realidad de la renovación que se estaba iniciando, aunque tímida y modestamente.

4.3. “El gozo del Evangelio”

La tercera de las señales para conocer por dónde iba a encaminarse la renovación fue la publicación, en noviembre de 2013, del texto en el que explicitaba el “programa” o las líneas mayores de su pontificado: la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

En una rápida lectura de la misma, se podía constatar que Francisco de Asís e Ignacio de Loyola venían acompañados del Vaticano II, del magisterio de Pablo VI y del impartido por las conferencias del CELAM, particularmente, las de Aparecida (2007) y Puebla (1979), así como de aportaciones de algunas conferencias episcopales, entre ellas, la argentina. Se trataba de un texto en el que ocupaba un lugar relevante lo que el mismo Francisco ya había denominado en ocasiones anteriores como la renovación o “conversión pastoral”, y que concretaba en la alegría del Evangelio, de la Buena Noticia y mejor realidad que es seguir al Crucificado y participar (disfrutar) de las anticipaciones del final traídas y regaladas por el Resucitado.

a. El Vaticano II aprobado por la mayoría

La primera y más importante referencia en este texto programático era el Vaticano II. Y lo era, no tanto desde la “hermenéutica de la reforma en la continuidad” que Benedicto XVI había yuxtapuesto a la de la “discontinuidad y la ruptura”, sino desde la firme decisión de acoger el magisterio conciliar a partir de la voluntad mayoritaria con la que había sido aprobado y ratificado por Pablo VI. Al acoger de tal manera los textos conciliares –particularmente, la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*–, superaba tal yuxtaposición, colocaba en su sitio las lecturas involutivas que se habían venido realizando al amparo de la llamada “reforma en la continuidad” y sentaba las bases para superar el callejón sin salida al que se había conducido a la Iglesia en los últimos decenios.

A nadie pasó desapercibido que la expresión *Gaudium* no solo miraba el título, sino también y, sobre todo, las opciones de fondo de la constitución pastoral sobre la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo, a pesar de no ser citada más que en dos ocasiones. Francisco, sintonizando con la llamada “teología del pueblo”, entendía por “mundo” el pueblo fiel y pobre, que, por serlo, conserva los valores de la cultura común (incluidos los religiosos) y tiende a compartirlos con todos. Por eso, invitaba a “desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior” (EG 268). Poco antes, había confesado que “los gozos más bellos y espontáneos” que había visto en su vida eran “los de personas muy pobres” que tenían “poco a qué aferrarse” (EG 7).

La relación con el mundo ya no estaba conformada por una mirada recelosa, sino por el gozo de percibir, con el “pueblo fiel” y pobre, las semillas de verdad, bondad, unidad y belleza allí presentes. Y también por, disfrutando de ellas, criticar y, cuando fuera necesario, contribuir a superar todo lo que las negara.

Nada que ver con la actitud recelosa de los pontificados anteriores. Y en plena sintonía con la mirada amable que tanto disgustaba a Hans Urs von Balthasar, el teólogo que había tenido –con su crítica valoración de dicha constitución pastoral y, por extensión, de la relación amable que la Iglesia quería establecer con el mundo– una decisiva influencia en el magisterio de Wojtyła y Ratzinger. Pero también tenía mucho que ver, al decir de sus críticos, con una concepción demasiado romántica e ingenua del mundo, entendido básicamente como el “pueblo fiel y pobre”.

b. “El camino de nuestra redención está signado por los pobres”

Otro punto igualmente llamativo de esta exhortación “programática” fueron las llamadas a la renovación o “conversión pastoral y misionera”.

Francisco reconocía la existencia de “un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres” (EG 48). Así lo había establecido Jesús al hacerse pobre, vivir como tal y buscar la compañía de ellos. El Nazareno se auto-comprendió, desde el principio, enviado por el Espíritu para anunciarles la Buena Nueva. Por eso, estuvieron en el centro de su corazón, se identificó con ellos y les enseñó que la misericordia con ellos era la llave para entrar en el Reino de los cielos.

Desde entonces, los cristianos sabemos que la “preferencia divina” por los pobres, es decir, tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (Flp 2, 5), es el criterio fundamental para confirmar la autenticidad de la fe y, consecuentemente, para no ser devorados por un “nuevo paganismo individualista” (EG 195). La tradición de la Iglesia estaba plagada de testimonios en los que se evidenciaba esta “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana” (EG 198). Por tanto, “todo el camino de nuestra redención” estaba “signado por los pobres”, por su cultura y, de modo particular, por su piedad y religiosidad (EG 97; cf. EG 265 y 48). La opción, privilegiada y preferente, por los enfermos, los despreciados y los olvidados no era tanto cultural, sociológica, política o filosófica, sino, ante todo y, sobre todo, “teológica” (EG 198 y 48).

c. Amar “al santo pueblo fiel de Dios”

Esta conclusión brotaba, ciertamente, de la asociación y compromiso de Jesús con los pobres. Pero también era fruto de la vinculación personal con ellos, con su mundo y con su espiritualidad; otro punto fundamental de la llamada “renovación eclesial”, estrechamente unida con la “espiritual”: quien realmente buscara conocer y relacionarse con Dios tenía en los pobres a los mejores iniciadores o mistagogos, ya que nadie como ellos conocían “al Cristo sufriente” “en sus propios dolores” (EG 198). Insertos en su mundo y piedad, era posible relacionarse con un Dios que, porque se transparentaba y visualizaba en ellos, permitía verle, tocarle, olerle, comer, pensar y sentir como Él.

Era cierto, apuntaba Francisco saliendo al paso de quienes le acusan de romanticismo e ingenuidad, que la vida y la piedad de los pobres necesitaba ser purificada del machismo, del alcoholismo, de la violencia doméstica, de la escasa participación en la eucaristía y de creencias fatalistas o supersticiosas que llevaban a recurrir a la brujería.

Pero era igualmente innegable que, una vez depuradas, Dios presentaba un rostro concreto e interpelante y que, del trato con Él, por mediación de los pobres, brotaba una relación liberadora y abierta a los demás.

En una vida y espiritualidad conformadas de esta manera, no había sitio, como así sucedía en otras latitudes, para el “consumismo espiritual” a la medida de un “individualismo enfermizo” y desmedidamente intimista; ni para una “espiritualidad del bienestar” sin referencia alguna a la comunidad; ni para “experiencias subjetivas sin rostros” o “sin carne” que empiezan y acaban en una pura y simple introspección; ni para una “teología de la prosperidad” sin compromisos fraternos; ni para confundir a Dios y a Jesús con una “energía armonizadora” y para nada aguijoneante (EG 89-90); algo que denunciará más adelante como “neo-gnosticismo”. Pero sí había sitio para eludir el “ateísmo cristiano”, que tanto venía preocupando desde hacía años; no pocas veces, con razón.

No se podía obviar que la iniciación a la fe ya no podía ser, como se había primado en los pontificados anteriores, marcadamente doctrinal, sino mistagógica. Y tampoco se podía ignorar que se trataba de una excelente terapia para desenmascarar el discurso, tan autocomplaciente como descaradamente cínico, de quienes no se cansaban de hablar –puede que hasta de manera incendiaria– contra la pobreza, pero no vivían tocados vitalmente por el dolor, la marginación y la muerte prematura de los pobres.

5. Lo andado desde entonces

La centralidad de los pobres, la “conversión” del papado, la reforma de la Curia, la apuesta por impulsar un gobierno colegial y el acercamiento a las otras religiones están siendo algunos de los ejes principales del pontificado del papa Francisco. A ellos hay que añadir la revisión a fondo de la moral sexual y del matrimonio, la presencia (y ausencia) de los jóvenes en la Iglesia, el cuidado de la Tierra (ecología), el seguimiento del Crucificado y la participación en las anticipaciones traídas por el Resucitado (la santidad), la erradicación de la pedofilia, la sinodalidad regional (Amazonía) y la apertura del debate teológico sobre muchos asuntos hasta ahora bloqueados: el diaconado femenino, los *virī probati*, y el sacerdocio *ad tempus* y *ad casum*.

Obviamente, también queda abierta la puerta para ensayar alternativas, prematuramente clausuradas en los pontificados anteriores, sobre la manera de organizarse la comunidad cristiana (Poitiers) o sobre el mismo sacerdocio de la mujer. Todos estos asuntos –y otros– están siendo revisados a la luz de la verdad primera y fundamental del Evangelio de la misericordia, algo que es –y está llamado a ser– fuente de alegría entusiasmante.

No le faltan al Papa argentino duros y persistentes enfrentamientos en el seno mismo de la Iglesia católica, con una minoría particularmente beligerante que goza, además, de una cierta capacidad para bloquear posibles decisiones sinodales y colegiales (en los casos de los sínodos de 2014 y 2015 y de la Conferencia Episcopal Alemana sobre la intercomunión). En el origen de estos enfrentamientos se encuentra el diferenciado diagnóstico que he indicado al inicio. Fundado en él, la minoría episcopal reivindica –como en los pontificados anteriores– la defensa de la ley (moral o natural) y su aplicación con claridad y sin ambigüedad; algo que, obviamente, no está reñido con la

generosidad en determinadas circunstancias. Son el gobierno, la teología y la pastoral presididos por la centralidad de las llamadas “verdades irrenunciables”.

En el caso de Francisco, dicha centralidad la tiene el Evangelio de la misericordia, es decir, la verdad, igualmente irrenunciable, de lo que Jesús dijo, hizo y encomendó. Tal primacía le lleva a emplear y comprender la ley (moral y natural) subordinada a ella. Esta no ha de aplicarse y comprenderse desde una actitud tendencialmente rigorista (neo-novaciana), sino personalizada, es decir, debidamente acompañada y discernida. Si el riesgo de Juan Pablo II y Benedicto XVI es el rigorismo, el de Francisco es el “buenismo”; el exceso, por cierto, que Dios mira con más benevolencia; en particular, cuando no está en juego la justicia, sobre todo, con los más débiles.

Así pues, son legítimas acentuaciones, cada una de ellas con sus riesgos. Lo determinante es la oportunidad evangelizadora de cada uno de estos subrayados, así como de la calidad de la articulación alcanzada. Y por lo visto, estamos, ¡por fin!, en el tiempo de la ley aplicada a partir del principio o axioma de la misericordia, sabiendo, por supuesto, que Jesús no vino a abolirla, sino a “darla cumplimiento”, es decir, a llevarla a su consumación.

Y esta se alcanza aplicándola con misericordia (Mt 5, 17-19). La trágica y lamentable separación entre luteranos y católicos es, probablemente, el mejor ejemplo y no, por ello, menos doloroso.

Pero tampoco le faltan las críticas de quienes, sintonizando con su proyecto renovador, echan de menos, a los cinco años largos de estar al frente de la Iglesia, decisiones concretas. Está muy bien llamar a la evangelización con alegría, a cuidar la comunión y la pluralidad, a potenciar la creatividad que supera el encorsetamiento de la ley, a la misericordia como principio rector de la vida cristiana, a ir a las periferias existenciales y sociales, a no ser autorreferenciales y a mirar lo que acontece alrededor, pero para que todo eso no se quede en una bonita ilusión hay que promover al episcopado a personas aceptadas por la comunidad cristiana y con madera de liderazgo por su radicalidad evangélica. Hay que olvidarse de aquellas que, como denunciaba el cardenal Tarancón, son proclives a padecer tortícolis de tanto mirar a Roma o a su propia promoción personal (el carrerismo) y que, por ello, acaban desatendiendo la relación matrimonial que tienen –según el imaginario tradicional– con sus respectivas Iglesias locales.

Convendría pasar rápidamente, insisten, de la proclamación o denuncia a la decisión jurídica. Una reforma en esta dirección no solo ahorraría algunos de los malos tragos al papado (el caso de la promoción al episcopado a personas encubridoras de pedófilos en Chile), sino que facilitaría, en serio, la participación y el protagonismo de los cristianos en la marcha de sus respectivas Iglesias. Y eso es algo que pasa por cambiar el canon 377 & 1. Donde se sostiene que “el Sumo Pontífice nombra libremente a los Obispos o confirma a los que han sido legítimamente elegidos”, podría decirse que “el Sumo Pontífice confirma a los Obispos que han sido legítimamente elegidos y, en situaciones excepcionales, los nombra libremente”. Si así fuera, nos encontraríamos con una indudable señal de que la añorada renovación también ha llegado, ¡por fin!, a nuestras comunidades.

Comunicación

La comunicación digital en tiempos de Francisco³

Tamara Cordero Jiménez⁴

Son muchas las claves que Francisco ha aportado a nuestra aparente obsesión por hacerlo todo digital, sin mirarnos a los ojos, sin tocarnos, sin vernos cara a cara. Y es que a priori parece bien sencillo esconderse tras una pantalla, o un móvil de última generación, para alzar la voz. Aunque no siempre esta sencillez de fórmula ayuda a jóvenes y adultos a crear conciencias.

En el mes de nuestro centenario no hay mejor forma de comenzar este artículo que con la máxima de mover corazones. Eso quiere de nosotros nuestro Dios, a eso nos anima el Evangelio, y en ese camino de transformación, movimiento y conversión se encuentra nuestra Iglesia, nuestra pastoral y también nuestra comunicación social.

Quizás por mi juventud, esto del Social Media (las estrategias de SEM, SEO, el CPC, los MG y todos esos términos a los que nos referimos en este ámbito como si fuesen parte de nuestro vocabulario) no me suena tan a chino, pero al final, sin duda, es la experiencia y la búsqueda de una verdad contrastada, real y objetiva la que me va enseñando cómo es posible utilizar estas nuevas herramientas para construir un mundo mejor.

Y es que desde un medio de comunicación como es esta revista, lo primero que nos preguntamos en cada consejo de redacción es cómo podemos ayudar a construir conciencias, transformar visiones y hacer llegar su Palabra a los corazones de tantos suscriptores como nos acompañan cada día y tantas personas que aún no nos leen y que queremos que lo hagan.

Pero lejos de una cuestión empresarial, evaluar la presencia de un medio de comunicación en Internet es un pilar fundamental para el futuro de cualquiera de estos. Estamos cansados de escuchar que “lo digital es el futuro”, que “el papel se va a acabar” o que “desaparecerán los libros impresos”. Un cambio de era, una transformación social y cultural que en cierto modo más que aportarnos luz nos dirige en fila india hacia el individualismo, el materialismo, la comodidad y la simplicidad. Valores que no

³ Artículo publicado en https://www.21rs.es/es/revista-21/3514_La-comunicacion-digital-en-tiempos-de-Francisco.html el 7 de mayo de 2018.

⁴ Redactora jefe de la revista 21.

querríamos transmitir en ningún centro educativo y que ahora se hacen presentes en nuestro día a día asumiendo que lo correcto es lo actual, y lo tecnológico el futuro.

Medios de comunicación que cierran rotativas, grupos de comunicación que apagan sus luces, tiradas que se reducen y una publicidad tradicional que busca un cambio de modelo de negocio, son muchos de los problemas a las que los medios sociales nos enfrentamos en nuestro día a día. Una balanza en la que parece que, cada vez más, a un lado está la veracidad y el papel de los medios como creadores de conciencias, y al otro lado los números, la administración, asunto que tan necesario resulta para poder seguir llevando a cabo nuestro trabajo. Y en este contexto de crisis... Sí, crisis del papel, crisis de información, crisis del periodismo y crisis social, ¿qué posición debe adoptar un medio cristiano como el nuestro?

Sin duda nuestro contexto se transforma a una velocidad de vértigo y el intercambio de información, ideales y valores se encuentra más al alza que nunca. Gracias a las nuevas tecnologías contamos con novedosas herramientas que han zarandeado las bases de la comunicación tal y como la conocíamos, yendo más allá de convertir al receptor en emisor y viceversa, apostando por la horizontalidad de la comunicación verbal, escrita y audiovisual, y creando figuras que se tornan ya casi fundamentales como la de los prescriptores, influencers, youtubers, tuiteros, instagramers, blogueros... Figuras que en muchos casos también están ayudando a la construcción del Reino: Youtubers que no esconden su espiritualidad cristiana y la comparten con todos, artistas que mueven corazones con letras dirigidas a Dios, influencers que utilizan la influencia que les da nombre para dar a conocer al mundo los cambios que la Iglesia está asumiendo, tuiteros que se convierten en referentes de fe... Muchos nombres conocidos pasan por mi cabeza, muchos “casos de éxito” a los que seguir y de los que adoptar este nuevo modelo.

Porque esta nueva forma de comunicar nos permite ser autodidactas, obtener información al minuto de cualquier hecho importante y de primera mano, y también compartir millones de mensajes con un mundo cada vez más acusado por la inmunidad que se crea cuando nos escondemos tras una pantalla de ordenador.

A lo largo de este número son varios los colaboradores y amigos que mencionan las fake news, objeto del último mensaje de Francisco con motivo de la 52 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, en la que una vez más nos avisa sobre la peligrosidad de no buscar la verdad, de dejarnos llevar por nuestros instintos, de buscar el beneficio económico y de que los mismos medios de comunicación olviden su función como observadores y parte en la creación de conciencias en la sociedad.

También nos dice Francisco en su mensaje con motivo de la última Jornada de la Juventud que “abramos las puertas de nuestra vida” para que estas “estén ocupadas por personas concretas, relaciones profundas” con las que poder compartir “experiencias auténticas y reales”. ¿Y por qué no podemos aplicar este mensaje a nuestros medios de comunicación sociales?

Es cierto que no debemos olvidar, ni ser indiferentes, a la cantidad de beneficios que nos aportan las redes sociales, los medios digitales; ni el esfuerzo depositado por adaptar nuestras redacciones a los espacios digitales, creando departamentos propios,

especializando nuestro contenido y transformándolo para que sea más cercano y viral. Pero también es importante recordar, como lo hizo hace unos días José María Gil Tamayo, secretario general y portavoz de la Conferencia Episcopal, que “ningún nuevo medio de comunicación ha anulado los formatos anteriores, pero sí los ha transformado”.

Y en eso andamos. Es importante no obsesionarse con la transformación de nuestros medios, al igual que es importante trabajar para construir el futuro. Debemos adaptar el lenguaje, apostar por la creatividad y estar abiertos a las novedosas herramientas digitales que hoy, y mañana, nos acompañarán; pero sin olvidar lo verdaderamente importante.

Nos encontramos en esa fase de transformación, de búsqueda continua de la manera correcta de encajar publicidad, información, profesionalidad y calidad en un modelo que nos permita sobrevivir a los cambios sociales y de mercado a los que nos estamos enfrentando. Recordando que todo suma en esta misión que tenemos los medios de comunicación social y sin duda apostando por un modelo que no se olvide del espacio a la reflexión, de las opiniones y las informaciones veraces y contrastadas, de reportajes que traspasen el papel y lleguen al corazón y de artículos, que como libros, formen parte de nuestra biblioteca de referencia para consultar en cualquier momento de nuestras vidas.

Termino ya, con una cita de Giovanni Maria Vian, director de *L'Osservatore Romano* y que traduce al lenguaje escrito nuestra lucha por hacer llegar a vuestros hogares cada mes esta revista, en papel: “Los medios de comunicación tradicionales son un antídoto ante una niebla que puede engañar”. Que las fake news y el boom tan aparentemente exitoso de la comunicación digital no nos distraiga de nuestro gran objetivo, mover corazones y crear conciencias.

Carisma salesiano

Notas para un “pequeño tratado” sobre la meditación en los orígenes de la Sociedad de San Francisco de Sales⁵

Giuseppe Buccellato, SDB

Observaciones preliminares

La alusión a un “*pequeño tratado*” es querida en la tradición salesiana, porque recuerda las pocas páginas en las que Don Bosco traza las líneas principales de su *sistema preventivo*; en estas páginas hemos querido “tomarlo prestada” la expresión para intentar recoger, de manera sistemática pero esencial, la concepción de ‘*donbosquiana*’ sobre la meditación, una práctica de piedad constantemente recomendada en la tradición desde los orígenes y en el primer magisterio salesiano.

Entre los muchos *escritos espirituales* de Don Bosco no hay obras que tengan el rigor de un tratado sistemático. No escribe con intenciones literarias o científicas, sino sólo para difundir el mensaje de la Iglesia, de la *buena prensa*, en todos los ámbitos sociales; su estilo es sencillo y su método es “descriptivo”, más que teórico. Con una feliz expresión de Don Caviglia podemos decir que «enseña con hechos para producir otros hechos»; por eso el género literario que prefiere es sin duda la biografía.

Sin embargo, ciertamente es posible, a partir de algunos de sus escritos publicados, de los inéditos y de las indicaciones dadas a la naciente *Sociedad de San Francisco de Sales*, trazar algunas líneas y encontrar algunas constantes que nos permitan elaborar *a posteriori* una especie de *tratado sobre la oración mental formal* o la ‘meditación’ según la tradición *donbosquiana* de los orígenes.

Nuestro objetivo, lejos de tener intenciones “arqueológicas”, es poner de relieve algunos elementos carismáticos entregados, como herencia preciosa, a la familia espiritual que se originó de él. Todo *recuerdo* auténtico se convierte inevitablemente en una *tarea*...

En estas páginas intentaremos también resaltar algunas de las enseñanzas del primer noviciado “canónico” que, bajo la mirada atenta y amorosa de Don Bosco, comenzó en Valdocco, inmediatamente después de la aprobación de las Constituciones de la *Sociedad*, en 1874. El primer maestro de novicios (o *adscritos*) fue don Giulio Barberis,

⁵ Traducción para esta revista de Mateo González Alonso.

que desempeñó un papel fundamental en el nacimiento y desarrollo de la nueva fundación.

Don Barberis se convirtió en maestro de los “adscritos” a la edad de 27 años y ocupó este cargo durante más de un cuarto de siglo, hasta 1900; luego fue inspector durante nueve años y finalmente director espiritual de la congregación, cargo que ocupó hasta su muerte en 1927. Visitó los primeros noviciados de la Sociedad, como verdadero *garante* del espíritu del fundador. Recogió sus meditaciones a los novicios en numerosos cuadernos autógrafos, que se conservan en el *Archivo Central Salesiano* (ACS) y que hemos tenido la suerte de consultar.

Basándose en su larga experiencia y en las notas ordenadas y meticulosas de las conferencias dadas a los adscritos, publicó en dos volúmenes, en 1901, el *Vademécum del salesiano adscrito*⁶, *Formaciones y consejos expuestos a los miembros de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales*.

El *Vademécum* dedica dos de los dieciséis capítulos del segundo volumen al tema de la meditación: *De la meditación* (XII) y *Del modo práctico de hacer meditación* (XIII). Estos dos largos, preciosos y articulados capítulos contienen todas las respuestas a la pregunta que nos hemos hecho: ¿qué enseñanzas recibieron nuestros primeros hermanos sobre el tema de la meditación? ¿Qué *método* usaron?

Sin embargo, como es oportuno que un *pequeño tratado* termine en pocas páginas, trataremos de resumir algunas otras contribuciones, la mayoría inéditas, que nos fueron *dadas* por Don Bosco y por la primera tradición de la *Sociedad*. Sería fácil demostrar que nuestras consideraciones están en perfecta armonía con los dos capítulos del *Vademécum*, cuya lectura recomendamos encarecidamente.

Hemos optado por destacar algunas de las principales sensibilidades o características de la meditación en los orígenes de la *Sociedad de San Francisco de Sales*; una especie de pequeño *decálogo* que requeriría un estudio mucho más profundo⁷.

1. La necesidad de la meditación en la vida religiosa

En las notas autógrafas de Don Bosco utilizadas en los ejercicios espirituales de Trofarello (1866), los primeros de la naciente congregación⁸, leemos: «Meditación. Más

⁶ En las ediciones posteriores, a partir de 1905, la palabra *adscritos* fue sustituida por el término *jóvenes*, entendiendo el autor que sus enseñanzas se extendían a todo el periodo formativo y no solo al noviciado. *El vademécum de los jóvenes salesianos* fue reeditado hasta la segunda mitad del siglo XX, la última edición en un solo volumen (1965), más reducida en cuanto a los procedimientos, contaba con icasi 1.200 páginas! Constituye, a nuestro entender, el único auténtico *manual* completo de espiritualidad *donbosquiana* que ha escrito jamás, aunque en muchas de sus páginas se muestran los límites de la teología del momento.

⁷ Para un estudio en profundidad sobre el tema examinado puede consultarse G. BUCCELLATO, *Alla presenza di Dio. Ruolo dell'orazione mentale nel carisma di fondazione di San Giovanni Bosco*, PUG, Roma 2004.

⁸ Esta es la primera experiencia de ejercicios “autogestionados” de la Sociedad, celebrados en la casa de Trofarello dedicada de forma especial a este fin por Don Bosco. En la percepción de los primeros

breve o más larga, hacerla siempre»⁹. «Todos los que se entregaron al servicio del Señor hicieron un uso constante de la oración mental, vocal y las jaculatorias»¹⁰.

Para Don Bosco, las prácticas de piedad representan el alimento que fortalece el alma de un religioso. «Por eso –escribe en la introducción a las Constituciones– mientras seamos celosos en la observancia de las prácticas de piedad, nuestros corazones estarán en buena armonía con todos y veremos al salesiano alegre, feliz con su vocación». «Procuremos no descuidar nunca la meditación, la lectura espiritual, la visita diaria al Santísimo Sacramento, la confesión semanal, el rosario a la Santísima Virgen, la pequeña abstinencia de los viernes. Aunque cada una de estas prácticas por separado no parece mucho, contribuye efectivamente al gran edificio de nuestra perfección y salvación»¹¹.

La *necesidad*¹² de la meditación en la vida religiosa, así como la *forma práctica de hacerla*, fueron, desde el principio, tema de enseñanza de Don Barberis a lo largo del primer período del noviciado regular; así lo atestigua la cronología de sus numerosos cuadernos.

Vamos a recorrer, *passim*, algunas de estas ordenadas anotaciones, que se usaban para las conferencias de los novicios. «Para comprender las cosas de Dios, para penetrar en su médula, para mostrarnos llenos del Espíritu Santo, es necesaria la oración mental»¹³. «Nada es más necesario para el hombre que la meditación. Y en primer lugar Jesucristo nos dio ejemplo. *Erat pernoctans in oratione Dei*. A lo largo del día predicaba, sanaba, etc., a lo largo de la noche meditaba y se le nota: todo lo que Jesucristo hacía es para nuestra instrucción. Pasó cuarenta días en continua meditación en silencio»¹⁴. «San Ignacio de Loyola: ¿Qué fue lo que hizo posible su conversión, lo que lo elevó tanto su vida? ¡La meditación!»¹⁵. «Meditando se reaviva el fervor como una llanura de fuego ardiente. Pero, ¿por qué la meditación tiene esa misma virtud? ¿Que es tan útil? ¿Tan necesaria? Oh, es cierto, es cierto. El Señor nos hace tranquilizarnos cada vez más como David en el salmo: *Beatus vir qui in lege Domini meditatur in die ac nocte...*»¹⁶.

Más explícito aún es un pasaje de 1882, tomado de un cuaderno de notas del clérigo Ducatto y relativo a una *instrucción*¹⁷ dada por Don Bosco durante los ejercicios espirituales de ese año.

salesianos, estos ejercicios marcarán un nuevo comienzo en la vida de la congregación. «Nosotros hemos visto –se lee en concreto en las actas del primer Capítulo General (1877)– que podemos decir que aquí la Congregación se ha desarrollado un poco marcada sólo por el momento en que comenzaron a hacerse Ejercicios Espirituales específicos» (ACS D 578, 304).

⁹ ACS A 225.04.03; cf. MB IX, 997.

¹⁰ *Id.*

¹¹ [G. BOSCO], *Regole o Costituzioni della Società di S. Francesco di Sales. Secondo il decreto di approvazione del 3 aprile 1874*, [Tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales], Turín 1875, XXXII-XXXIV.

¹² Se trata, aquí, de una necesidad de tipo *moral*. Pueden consultarse los números 5-6 y 11-114 del texto de Lercaro ya citado

¹³ ACS B 509.03.01.

¹⁴ ACS A 000.01.08.

¹⁵ ACS A 000.01.08.

¹⁶ ACS B 509.03.01.

¹⁷ Durante los ejercicios espirituales, en esos años, se proponía una meditación por la mañana y una

«Mis queridos hermanos –leemos– la meditación es una cosa, es una práctica de piedad, no sólo importante, no sólo útil, no sólo muy útil, sino que voy a decir necesaria para nosotros los religiosos. Ahora no es mi deber hablaros de esta importancia, de esta necesidad; pero aunque veo que no se puede prescindir de ella y por tanto espero poder hablar de ella precisamente a propósito en algunas de las restantes instrucciones futuras y mientras tanto hablar de la necesidad que tenemos los religiosos de hacerla, de los grandes bienes que nos trae, cuando está bien hecha y de cómo hay que regularse para hacerla verdaderamente bien»¹⁸.

2. La meditación es *oración mental* y debe distinguirse de la *lectura espiritual personal*

La lectura espiritual, personal o comunitaria, como reflexión sobre un texto escrito, implica sobre todo a la *inteligencia*, y no es, en sentido estricto, oración, oración mental, diálogo con Dios; en esta el papel principal se le reserva a los *afectos*.

Esta distinción se manifiesta claramente en las enseñanzas de Don Bosco y en la práctica de la nascente congregación. Incluso en las indicaciones dadas a los jóvenes, esta distinción es siempre evidente. En los *avisos para las vacaciones*, dados a los internos desde mediados de los años cincuenta y repetidos constantemente en los años siguientes, Don Bosco aconseja: «Todos los días: servir la Santa Misa si podéis, meditación y un poco de lectura espiritual»¹⁹.

En 1862 escribe al caballero Ugo Grimaldi de Bellino: «Cada mañana misa y meditación. Después del mediodía un poco de lectura espiritual»²⁰. A Don Giovanni Anfossi, antiguo alumno del Oratorio de Valdocco, escribe en 1867: «La meditación y la visita al Santísimo Sacramento serán para ti dos salvaguardias muy poderosas: aprovéchate de ellas»²¹. «Te recomiendo tres cosas: escribe en este mismo año al clérigo Luigi Vaccaneo, atención en la meditación de la mañana y frecuentar a los compañeros más dados a la prácticas de piedad; templanza en las comidas»²². En 1868 escribe al caballero Federico Oreglia, otro amigo y benefactor del oratorio: «No olvides hacer la meditación y la lectura espiritual todos los días»²³.

En el sueño relatado el 3 de mayo de 1868, Don Bosco describe dramáticamente los oscuros designios del enemigo de Dios, que «tiende a hacer caer en el infierno a mis jóvenes».

«Mirando aún más de cerca vi que entre estos cordones había muchos cuchillos esparcidos aquí y allá por una mano providencial que se usaban para cortarlos o romperlos. El cuchillo más grande estaba contra el nudo del orgullo y representaba la

instrucción por la tarde. Don Bosco solía reservarse las instrucciones de la tarde, que dedicaba a las estructuras básicas de la vida religiosa.

¹⁸ ACS B 509.04.12.

¹⁹ *Fondo Don Bosco* 446 A 3.

²⁰ G. BOSCO, *Epistolario*, Introducción, texto crítico y notas de Francesco Motto, LAS, Roma 1991, II, 526.

²¹ *Ibidem*, 446.

²² *Ibidem*, 458.

²³ *Ibidem*, 494-495.

meditación. Otro cuchillo muy grande, pero más pequeño que el primero, representaba la lectura espiritual bien hecha. Había más de dos espadas. Uno de ellos señalaba la devoción al Santísimo Sacramento, especialmente a través de la comunión frecuente; el otro hacía referencia a la devoción a Nuestra Señora. También había un martillo: la confesión. Y había otros cuchillos, símbolos de las diversas devociones a San José, San Luis, etc... Con estas armas no pocos se desataron y cortaron la cuerda cuando fueron raptados o se defendieron para no estar atados»²⁴.

La distinción que se hace aquí, como en muchos otros textos, entre *meditación* y *lectura espiritual* nos permite comprender que ni en su sentir ni en el de sus oyentes, había una confusión teórica o real entre las dos diferentes *prácticas de piedad*.

La meditación en la mente de Don Bosco, por la formación que recibió en el Convicto Eclesiástico a raíz de la tradición ignaciana y *que experimentó* durante los treinta o más años de ejercicios espirituales en el Santuario de San Ignacio de Lanzo, es una *oración mental*, una conversación íntima y personal con Dios, y no puede confundirse, como tal vez sucede hoy, con la lectura, por muy útil y *espiritual* que sea, de un texto.

3. Meditación y progreso en las virtudes teologales

A la meditación se le da la tarea de fomentar el progreso en las virtudes teologales. Las *Memorias Biográficas* relatan una *instrucción* de Don Bosco al final de los ejercicios espirituales de Trofarello en 1867.

«Esta meditación –afirma Don Bosco– es también un examen de conciencia. Por la tarde, antes de acostarnos, examinemos si hemos puesto en práctica las propuestas hechas sobre algún defecto específico: si vamos ganando o si estamos en una situación de pérdida. Si vemos que hemos fracasado en nuestras propuestas, se repetirán al día siguiente, hasta que lleguemos a adquirir esa virtud y a extinguir o huir de ese vicio o ese defecto»²⁵.

Las notas de Don Gioachino Berto, entonces secretario de Don Bosco, sobre los ejercicios de ese mismo año, confirman aún más explícitamente esta convicción del fundador: «Quien tiene fe y hace esta visita a Jesús Sacramentado y medita todos los días mientras no lo hagan por algún propósito mundano, le es imposible pecar»²⁶.

La misma doctrina, también esta vez, encuentra correspondencia en las enseñanzas del noviciado: «Lo que es más para nosotros, los religiosos –escribe Don Barberis en 1875–, que por la profesión tendemos a la perfección es que sin la meditación no se llega a comprender lo que es la perfección, hablando de manera práctica; al contrario, no puede ser que el que medita bien y no se siente implicado no tienda seriamente a la perfección»²⁷.

²⁴ MB IX, 169-170.

²⁵ MB IX, 355-356.

²⁶ ACS A 025.01.03.

²⁷ ACS B 509.03.01.

«Por eso, por la mañana –escribe él mismo unos años más tarde–, cuando se medita, nadie debe dedicarse a sus propias ocupaciones, a no ser que primero haya memorizado algunas de estas verdades y se haya propuesto firmemente recordarlas bien durante el día que está a punto de comenzar y observarlas puntualmente. En cada comida, cuando vamos a visitar a Jesús Sacramentado, al pie del altar renovamos las propuestas de la mañana, recordamos las máximas aprendidas, las verdades conocidas, convencidos siempre del gran bien que nos trae la Santa Meditación, nos proponemos cada vez más firmemente querer regularnos mejor en el resto del día, terminarlo en la gracia del Señor, realizando todos aquellos actos a los que estamos obligados por el deber. Por la noche, después de la cena, cuando hemos recitado las oraciones, escuchamos estas palabras: “Parémonos un momento para considerar el estado de nuestra conciencia, recojámonos sobre nosotros mismos, pensemos en la meditación de la mañana, recordemos en nuestra mente los propósitos tomados y recordados después del almuerzo, y si al examinarlos vemos que los hemos practicado, continuemos haciendo lo mismo para el futuro”»²⁸.

Esta práctica debió ser particularmente considerada entre los primeros salesianos, así el biógrafo del clérigo Pietro Scappini escribe en su necrologio:

«En particular, le ayudó a progresar en el camino de la virtud y a mantener constante en su vocación la meditación diaria de las verdades eternas. Solía decir que sin la meditación nunca sería capaz de vencer sus muchos y arraigados defectos. Un gran esfuerzo le costó la práctica de este ejercicio, porque su viva imaginación lo llevaba naturalmente a otros pensamientos; pero con perseverancia logró hacerla tan bien que pudo decir que muchas meditaciones las pasó sin ninguna distracción»²⁹.

Del mismo modo, leemos en la pequeña biografía del clérigo Giacomo Vigliocco:

«Fue en la Comunión frecuente y en la meditación donde aprendió a ganarse tanto que sus compañeros y superiores no pudieron encontrar ni la más mínima cosa sobre la que acusarlo! Fue de estas dos fuentes de donde sacó ese amor a los desprecios, de modo que no sólo no se ofendió cuando fue insultado o despreciado, sino que lo obligaron a pedir repetidamente a su maestro permiso para hacer algo extraño, de modo que pudiera tener desprecio por parte de sus compañeros»³⁰.

4. Importancia de la práctica diaria de la meditación

Para ser eficaz, la oración mental debe ser *diaria*. La pérdida de este *hábito* puede tener consecuencias para la vida religiosa.

El acta del tercer Capítulo General recoge esta convicción del fundador de los Salesianos: “*Nemo repente fit summus, nemo fit malus* –habría afirmado Don Bosco en la tercera de las seis recomendaciones finales, según el acta del secretario Don Giovanni Marengo–. Por lo tanto, esperar los principios para prevenir el gran mal del futuro. Eso es lo que dice la experiencia. Si alguien ha engañado al Director y a la Casa, ha

²⁸ ACS B 509.04.12.

²⁹ [G. BOSCO], *Società di S. Francesco di Sales. Anno 1880*, Tipografía Salesiana, Turín 1881, 51.

³⁰ [G. BOSCO], *Società di S. Francesco di Sales. Anno 1880*, Tipografía Salesiana, Turín 1881, 43-44.

empezado por dejar la meditación, las prácticas de piedad, luego algún periódico, alguna amistad particular, desorden en definitiva»³¹.

Según las notas de Don Berto, él mismo había dicho unos años antes en los ejercicios de Trofarello: «La oración comprende todo lo que eleva nuestros afectos a Dios. Así la meditación matutina es la primera forma de oración. Es lo que hacemos todo el tiempo»³².

La enseñanza de Don Barberis sigue el pensamiento del fundador: «Sois casi todos salesianos o entráis ahora y aquí se hace la meditación. Bien, hacedla con ganas. Pero viven los que no saben si son libres de sí mismos o serán libres de sí mismos: ¿te apetece ir al cielo? ¿Quieres llevar una vida cristiana, no tener remordimientos en la muerte? Haz siempre un poco de meditación diaria»³³.

5. Oportunidad de hacer meditación en la mañana

Es conveniente que la meditación se haga por la mañana, antes de comenzar las ocupaciones del día. La *croniquilla* de Don Barberis da cuenta de esta opinión de Don Bosco:

«Es verdad que hay muchos buenos cristianos en el mundo, pero también hay muchos peligros, y icuántas dificultades hay que superar para hacer un poco de bien! Tomemos por ejemplo a los cristianos que hacen meditación, muy pocos son mundanos, pero busquemos cuál de los cristianos puede hacerlo mejor. Aquí por aventura tenemos la santa costumbre de hacer meditación, bueno, si todos queremos hacerla juntos, depende de nosotros levantarnos temprano por la mañana. Nos levantamos a las cinco y la hacemos todos juntos sin que nadie nos moleste. En el mundo, sin embargo, muchos no pueden hacerlo, a lo largo del día no saben a qué hora hacerlo porque las tareas domésticas son urgentes desde todas partes. Muchas veces es un problema encontrar la hora adecuada para ellos, algunos esperan a las 7 u 8 de la mañana e incluso a las 10 de la noche... Si hiciéramos esto sobre la meditación, ¿qué pasaría? ¡No se hablaría más de meditación porque no se haría!»³⁴.

Una larga carta de san Vicente de Paúl, anexada por primera vez a la edición italiana de las Constituciones de 1877, confirma la voluntad de Don Bosco de reafirmar este principio.

El recuerdo de esta carta ha desaparecido prácticamente a lo largo de los años de la memoria de la Congregación, a pesar de que ha permanecido durante toda la vida del fundador y durante unos treinta años más, junto con las constituciones de los Salesianos.

³¹ ACS D 579. Se trata de la página 2 del folio del acta que lleva por *7 de septiembre por la tarde. Última conferencia.*

³² ACS A 025.01.10.

³³ ACS A 000.01.08.

³⁴ ACS A 000.04.06.

Por voluntad expresa de Don Bosco, se colocó en un lugar “estratégico”, en el centro del libreto de las Reglas, entre la introducción *A los socios salesianos* y el texto de las mismas. «Colóquese después de la introducción y antes del texto de las Reglas»³⁵ escribe Don Bosco de su propia mano, en el ejemplar preparado a mano por Don Barberis para el impresor, acuñando también un título que acompañará a la edición impresa de las constituciones: *Carta de san Vicente de Paúl dirigida a sus religiosos sobre levantarse todos a la misma hora*. El mensaje de la carta, que Don Bosco hace evidentemente suyo, es sencillo: la vida religiosa depende de la meditación matutina, y la meditación de la voluntad de levantarse a la misma hora. Veamos un fragmento de ella:

«La gracia de la vocación –leemos– está ligada a la oración, y la gracia de la oración a la de levantarse. Si somos fieles a esta primera acción, si estamos juntos y ante nuestro Señor, y juntos nos presentamos a él, como lo hicieron los primeros cristianos, él se entregará a nosotros recíprocamente, nos iluminará con su luz y hará en nosotros y por nosotros el bien que estamos obligados a hacer en su Iglesia y, finalmente, nos dará la gracia de alcanzar el grado de perfección que él desea de nosotros, para que un día pueda poseerlo plenamente en la eternidad de los siglos»³⁶.

Para subrayar con fuerza a sus salesianos la importancia de la meditación, Don Bosco invocó la autoridad no de un místico, sino de un apóstol de la caridad. Esta elección es ciertamente sorprendente y aumenta el valor objetivo de las indicaciones contenidas en la carta y en la exhortación de Don Bosco.

6. Meditación en común o en privado

La práctica de la meditación, como una práctica de piedad que debe llevarse a cabo en común, se hizo regular probablemente a partir de los años setenta. Unos años antes, de nuevo en Trofarello, Don Bosco había afirmado: «Quién puede hacer esta visita y esta lectura en común, quién no puede hacerla en común hágalo en privado. La meditación también se puede hacer en la habitación»³⁷.

Algunas de las enseñanzas del noviciado reafirman, además de la importancia de la meditación, la necesidad de hacerla en privado, cuando no se pueda hacer en común con los demás.

«Después de levantarse –leemos en las notas de Don Barberis de 1877– nos reunimos para hacer meditación; y esto es bueno para nosotros. Algunos aún no sabrán cómo encontrar el modo, esto se aprenderá lo antes posible, pero el compromiso debe ser visto de ahora en adelante y hecho de buena gana y lo mejor posible. Que se sepa que es una regla pasar media hora al día con todos. Quien puede venir y hacerlo aquí con los demás; quien no puede hacerlo en común vea la manera de encontrar el tiempo para hacerlo en privado; pero hay que hacerlo siempre»³⁸.

³⁵ ACS D 473.04.01.

³⁶ [BOSCO], *Regole o costituzioni...*, [1877], op. cit., 47.

³⁷ ACS A 025.01.03.

³⁸ ACS B 509.03.02.

Y de nuevo sobre el mismo tema:

«De hecho, hay muchas ocupaciones diferentes que los socios salesianos tienen que atender en las diferentes casas; y están los que van a la escuela, los que asisten a los talleres, los que asisten a los alumnos de primaria o de secundaria; los que siempre salen de compras y los que trabajan como artesanos...; como consecuencia, no todo el mundo puede tener el mismo y único horario, ya que las necesidades son muy exigentes y, por lo tanto, las reglas no exigen que todos y cada uno de los miembros salesianos participen siempre juntos en todas y cada una de las prácticas individuales de piedad. Por ejemplo, la meditación se hace en la mañana a la hora levantarse, o después a las nueve; la lectura espiritual a las dos de la tarde, el ejercicio de la buena muerte al final de cada mes, además siempre habrá alguno que no pueda ir a la meditación porque tal vez se encuentre enfermo; no puede ni siquiera ir a las nueve, porque tendrá que ir a la escuela, a ayudar en los talleres, salir a hacer encargos o cosas por el estilo... Ahora bien, siendo así, porque no tenemos el tiempo necesario, porque no podemos practicar esta o aquella práctica común de piedad, me pregunto yo, ¿podemos dejarla fuera del todo? No, claro que no; de modo que si nos fijamos en el espíritu de la regla, nos advierte que si no podemos cumplir las prácticas de piedad en común, debemos hacerlo en privado, cada uno de nosotros por su cuenta, tan pronto como pueda y nunca dejarla de lado»³⁹.

Incluso la práctica de los salesianos debía orientarse hacia este principio, si bien es cierto que sobre Giovanni Battista Caraglio escribe su biógrafo: «Nunca descuidó la meditación y el rezo del Santo Rosario; y cuando se hizo sacerdote, sus ocupaciones no le permitieron participar en ella en común, sin embargo nunca dejó de compensarlo haciéndola en privado antes de retirarse. Decía que la meditación y el Santo Rosario son prácticas indispensables para el religioso y el sacerdote»⁴⁰.

Parece posible afirmar, por lo tanto, que en el sentimiento común del fundador y de la congregación, es preferible, hacer la meditación en común, probablemente también por una sana “prudencia”. Este concepto está expreso en la *Carta de San Vicente de Paúl*, que ya hemos mencionado. En un pasaje de ella, San Vicente dice que ha identificado la razón de la decadencia de algunas casas de su congregación en la pérdida del *hábito* de la meditación en común: «Para compensarlo –dice el fundador de la Congregación de la Misión– ha sido necesarias un poco de paciencia y atención por nuestra parte; finalmente, Dios nos mostró que la libertad de algunos para descansar más de lo que la regla permite ha producido este mal efecto; además de ello, al no encontrarse en oración con los demás, se vieron privados de las ventajas de hacerlo en común, y a menudo hicieron poco o nada en privado»⁴¹.

El deseo de mantener en común la práctica de la meditación se manifiesta también en algunas deliberaciones del IV Capítulo General de 1886, relativas a la hora del día que se debe practicar en las parroquias. Para salvar, de hecho, la oportunidad de participar juntos en esta práctica de piedad, se decidió ponerla por la tarde o en cualquier otro momento apropiado⁴².

³⁹ ACS B 509.04.12.

⁴⁰ [G. BOSCO], *Biografie dei Salesiani defunti nel 1882*, Tip. S. Vincenzo, S. Pier d’Arena 1883, 49.

⁴¹ [BOSCO], *Regole o costituzioni...*, [1877], op. cit., 43-44.

⁴² Cf. ACS D 579; *Fondo Don Bosco* 1865 D 10; *Deliberazioni del terzo e quarto Capitolo Generale della Pia*

7. Duración de la meditación

La duración de la meditación, prescrita por las Constituciones, está fijada definitivamente por el texto aprobado en 1874: *Singulis diebus unusquisque praeter orationes vocales saltem per dimidium horae orationi ment vacabit, nisi quisquam impeditur ob exercitium sacri ministerii*⁴³.

Una aclaración de Don Barberis, que data de 1882, hace explícita la declaración constitucional: «El artículo tercero del capítulo XII habla de la oración mental, también llamada meditación, de la que debe hacerse al menos media hora todos los días. Y esto al menos indica que se puede hacer más, según lo que oímos, pero que no se nos exige que hagamos más, sino que todos debemos hacer siempre al menos media hora al día»⁴⁴.

Una vez más, una mirada a la práctica puede ser útil. Don Luigi Deppert, su compañero en el primer curso de filosofía, escribe del clérigo Giovanni Arata de la siguiente manera: «Por muy ocupado que estuviera, nunca descuidó la meditación diaria durante una buena media hora. Cuántas veces lo vi encerrado en su taller iabsorto en profunda meditación! Y además, para concentrarse en las cosas que leía, siempre tenía ante sí un pequeño crucifijo, bendecido por el Papa, y de vez en cuando lo miraba con los ojos llenos de lágrimas»⁴⁵.

8. Meditación, oración emocional e imaginación

La última cita del párrafo anterior nos introduce en una reflexión sobre el papel de los afectos en la meditación “salesiana”.

“*In la meditatione mea exardescet ignis (Salmo 38,4)*. El alma es como el calor para el cuerpo»⁴⁶. Esta convicción, expresada por Don Bosco en las notas manuscritas de Trofarello y repetida a menudo en la primera literatura salesiana, confiere a la meditación el papel específico de *suscitar los afectos*. «También debemos entusiasmarnos por los afectos de amor –leemos en las notas de Don Gioachino Berto tomadas durante una *instrucción* de Don Bosco–, de la gratitud, de la humildad hacia Dios; pedirle tantas gracias como necesitamos; y pedirle con lágrimas el perdón de nuestros pecados. Recordemos siempre que Dios es Padre y nosotros somos sus hijos. Por eso recomiendo la oración mental»⁴⁷.

Società Salesiana tenuti in Valsalice nel settembre 1883-86, Tipografía Salesiana, S. Benigno Canavese 1887, 7.

⁴³ G. BOSCO, *Regulae seu Constitutiones Societatis S. Francisci Salesii juxta approbationis decretum die 3 aprilis 1874*, Augustae Taurinorum 1874, 185.

⁴⁴ L.c. Se cita la primera traducción de 1875.

⁴⁵ ACS B 196.33.01. Corresponde a una carta de un solo folio, datado el 21/1/79, y que lleva el membrete de *Archicofradía de María Auxiliadora*.

⁴⁶ ACS A 225.04.03; cfr. MB IX, 997.

⁴⁷ MB IX, 355-356.

En la meditación ignaciana, que se enseñaba en el noviciado de Valdocco después de la aprobación de las constituciones⁴⁸, se hace especial hincapié en el papel de los afectos. El Padre Secondo Franco, uno de los dos jesuitas invitados al primer Capítulo General de la Compañía, escribe después de hablar sobre el papel del *intelecto* y de *la memoria* en la meditación: «Detrás de todas estas consideraciones viene finalmente la voluntad, que debe irrumpir en afecto proporcional a lo que se ha meditado, y en generosas resoluciones de lo que se tendrá que practicar en el futuro. Y esta es la parte más importante de la meditación»⁴⁹.

La conciencia de esta influencia pasa por muchas de las enseñanzas de Don Giulio Barberis: «¿No está nuestra alma en las mismas circunstancias? ¿Por qué está desolada, por qué no tiene virtud, por qué tiene tantas imperfecciones? *Nemo est qui recogitet corde*. Entonces, ¿cómo volvemos al juego? David lo dice en sus salmos: *In meditatione mea exardescet ignis*, meditando el fervor se reaviva como una ardiente llanura de fuego»⁵⁰. En otra ocasión él mismo escribe:

«Recordemos estas palabras: *In meditatione mea exardescet ignis*, el fuego de mi espíritu se enciende cada vez más al meditar... Habrá algo más ventajoso que llevar nuestro espíritu al Calvario, cuando Cristo está colgado en la cruz, entre los dos ladrones, cargado y cubiertos de heridas, coronado de espinas, atravesado por miles y miles de espinas, ensangrentado por todas partes, de modo que, incluso no tiene apariencia de hombre; y así nos decimos a nosotros mismos: Alma mía, tu Dios está colgado del duro tronco de la cruz; medita ahora por qué»⁵¹.

Esta última enseñanza de Don Barberis nos ofrece también la posibilidad de destacar el papel asignado a la *imaginación*, otro rasgo característico de la meditación según el método de San Ignacio. «Es necesario imaginarse presente en el misterio –él mismo enseñó en 1875 en una de las primeras conferencias del año de noviciado 75-76– y considerar a las personas, las acciones, las palabras, que intervienen o se dicen para comprender mejor ese misterio»⁵².

El propósito de *trasladarse en espíritu a la cruz del Calvario* es obviamente mover la voluntad y el corazón, así como mantener concentrados todas las demás *potencias*. Es la llamada *composición*, *viendo el lugar* del que habla Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales*⁵³.

⁴⁸ Se puede ver la larga conferencia de 1875 por Don Giulio Barberis sobre el *modo de hacer la meditación* en ACS B 509.03.01.

⁴⁹ S. FRANCO, *Istruzioni per le religiose in tempo di esercizi*, Tipografia Pontificia ed Arcivescovile, Modena (falta el año de publicación). Es el volumen 23º de la colección que recoge las obras del jesuita Padre Franco, que participó en el primer Capítulo General de los Salesianos en 1877 junto a otro jesuita, el Padre Giovanni Battista Rostagno. «Con ellos –afirma Don Ceria en las *Memorias Biográficas*– (Don Bosco) había organizado previamente algunas conferencias para organizar los temas de tal manera que se ajustase mejor a los cánones y las tradiciones de las congregaciones religiosas» (MB XIII, 253).

⁵⁰ ACS B 509.03.01.

⁵¹ ACS B 509.04.12.

⁵² ACS B 509.03.01.

⁵³ Cf. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, nn. 194-197.

La meditación del clérigo Giacomo Vigliocco parece poner en práctica estas enseñanzas. El efecto indicado por el biógrafo es, una vez más, un crecimiento en la virtud teologal de la caridad hacia Dios y el prójimo.

«Este era uno de sus secretos para una buena meditación: al principio, al ponerse en la presencia de Dios, se imaginaba que Jesús Crucificado apareciéndosele visiblemente, y que desde la Cruz lo observaba si lo hacía con todo el esfuerzo posible.... Pensando continuamente en Jesús Crucificado en sus meditaciones, fue lo que le hizo tomar las grandes resoluciones prácticas, que luego intentó realizar con todas sus posibilidades, lo que le hizo escudriñar cada cuarto oculto de su corazón, para ver si todavía quedaba el germen de algún vicio por erradicar, o qué virtudes necesitaba más para enriquecerlo. Cuántas veces, al no poder contener la plenitud del corazón, fue a desahogarse con el maestro, señalando el deseo de dar su vida para salvar almas; el deseo de sufrir por el amor de Jesucristo, más que por todos los hombres del mundo; iel deseo de apresurarse entre los hombres para lograr su conversión!»⁵⁴.

9. Importancia y utilidad de un método

Ya en 1867 Don Bosco propuso a los jóvenes salesianos de Trofarello un método, esencial pero bien estructurado en sus partes: «La meditación –leemos en las notas de Don Berto– podría hacerse de esta manera. Elegir el tema con lógica, poniéndonos primero en la presencia de Dios, luego meditando bien sobre él, luego volver y elegir algunas cosas para aplicarlas a nosotros; y llegar a la conclusión, es decir, resolver y marcar nuestros defectos o practicar las virtudes, excitarnos a los afectos. Luego agradece a Dios y practicar lo bueno o rechazar lo malo a lo largo del día de lo que hemos resuelto por la mañana»⁵⁵.

⁵⁴ [G. BOSCO], *Società di S. Francesco di Sales. Anno 1877*, cit., 43- 44.

⁵⁵ ACS A 025.01.03.

Serán entonces las enseñanzas del primer noviciado canónico las que darán amplio espacio a las instrucciones sobre *cómo* hacer meditación. Los textos de Don Barberis, desde el principio, son de evidente origen ignaciano⁵⁶.

Finalmente, el primer Capítulo General indicará, en relación con el método de meditación, una referencia teórica común en la larga introducción al texto tomado de las meditaciones del padre jesuita Luis de la Puente (1554-1624)⁵⁷. Lo leemos en el acta:

«Más tarde se le llamó al libro que se conocía como el más adecuado para hacer meditación para principiantes. Para los otros se tiene el Da Ponte y puedes continuar en ese momento cuando el asunto es inmenso, y una vez terminado puedes comenzar de nuevo muchas veces. (La meditación) no es más que un ejercicio de las tres facultades: la inteligencia, memoria y voluntad, como el propio Da Ponte enseña en su introducción. Una introducción que debe leerse cien veces y aprenderse de memoria porque vale como el oro. Aquellos que siguen bien lo que se dice lo encontrarán inmensamente facilitador a la hora de hacer meditación, pero hay que ser paciente, los principiantes deben estar bien educados, hay que ver que todos tienen el libro en la mano, y hacer que aprendan ese método»⁵⁸.



La citada *Introducción*, que *debe ser leída cien veces y aprendida de memoria ya que vale tanto como el oro*, ocupa, en la edición italiana de Marietti de 1875, treinta y seis páginas de amplitud. Es un verdadero tratado sobre la oración mental, según el método de San Ignacio.

Otro texto que se difundirá en la Congregación en las décadas siguientes será el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* del jesuita Alfonso Rodríguez (1541-1616), texto que Don Bosco ha utilizado también en la composición de la introducción *A los socios salesianos* de las Constituciones de la *Sociedad*.

10. Coloquio y meditación

⁵⁶ Cf. ACS A 000.02.05.

⁵⁷ Han sido muy populares sus *Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe, con la práctica de la oración mental sobre ellos*, publicadas por primera vez en Valladolid en 1605, y publicadas en numerosos idiomas. Su apellido también está mal traducido, en varias ediciones sucesivas: en italiano “Da Ponte” o en francés “Dupont”. La editorial Marietti de Turín, a dos años de este primer Capítulo General de los Salesianos, había publicado la octava edición de esta obra, traducida al castellano por Giulio Cesare Braccini y corregida por el P. Giacomo Bonaretti.

⁵⁸ ACS D 578, 116-117.

Uno de los puntos que debe ser objeto del coloquio periódico del salesiano con su superior, según se afirma en el primer Capítulo General, se refiere a «cómo (él) se comportan en las Oraciones y las Meditaciones»⁵⁹.

Del mismo modo, en el primer borrador de las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora, que se remonta a 1871, encontramos escrito:

«Para avanzar en el camino de la virtud y de la perfección religiosa, les será de gran ayuda una gran apertura de corazón con la Superiora, ya que ella, después del Confesor, está destinada por Dios a dirigirlas en el camino de la perfección. Por eso, al menos una vez al mes manifestarán su interior con toda sencillez y claridad, y recibirán avisos y consejos para tener éxito en el ejercicio de la oración mental, en la práctica de la mortificación y en la observancia de las Santas Reglas del Instituto»⁶⁰.

Un coloquio del clérigo Giovanni Arata, puesto por escrito por su director Don Giulio Barberis, confirma el hecho de que la meditación diaria estaba, de hecho, sujeta a verificación periódica.

«Las cosas que recuerdo –escribe él– y que parecen apropiadas a la importancia del coloquio mensual, son las siguientes. En realidad (no sé por qué accidente en particular, pero por supuesto será debido a mi negligencia) no estoy contento con la conducta que he tenido este mes. Lo que me duele mucho es la distracción que tuve en la oración. En la meditación, no puedo, sin grandes dificultades, recogerme sobre mí mismo, considerarme verdaderamente en la presencia de Dios, pensar seriamente en el tema, llevarlo a cabo, y lo que es peor, no estoy muy conmovido por el tema en el que medito. No pienso mucho en el beneficio de la meditación; entonces tal vez esto tenga una gran influencia en ella, ya que raramente recuerdo lo que he meditado por la mañana a lo largo del día»⁶¹.

Conclusión

Ciertamente la vida activa a la que tiende la *Sociedad de San Francisco de Sales* implica el hecho de que Don Bosco no prescribió muchas *prácticas en común*, pero entre ellas la *oración mental formal* o meditación es constantemente recomendada. Es muy indicativo que su importancia y el *método* para hacerla eficaz cuenten con una dedicación propia, en la tradición de los orígenes, en las enseñanzas de los primeros meses del noviciado.

Más allá de la perspectiva de la *obligación*, surge la propuesta del fundador, que avanza hacia una concepción de la vida de oración que favorece la oración mental *generalizada*, el pensamiento continuo de Dios, la oración afectiva y silenciosa “sin límites de tiempo”, como lo demuestra el papel asignado a la oración en las numerosas biografías escritas

⁵⁹ *Deliberazioni del Capitolo Generale della Pia Società Salesiana tenuto in Lanzo Torinese nel settembre 1877*, Tipografía y Librería Salesiana, Turín 1878, 49-50.

⁶⁰ [G. BOSCO], *Costituzioni Regole Dell'Istituto Delle figlie di Maria Ausiliatrice. Sotto la protezione di S. Giuseppe, di S. Francesco di Sales e di Sa. Teresa*, en Archivio Generale delle Figlie di Maria Ausiliatrice (AGFMA), Regole manoscritte, Quaderno n. 1, 42.

⁶¹ ACS B 196.33.01.

por Don Bosco⁶². «La oración vocal sin intervención mental –leemos en las notas autógrafas preparadas para los ejercicios de Trofarello– es como un cuerpo sin alma. Lamento del Señor: *Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est a me* (Marcos 7,6)».

En esta contribución, hemos tratado de aprovechar al máximo los documentos *inéditos*. Mejor que cualquier tratamiento teórico, de hecho, pueden devolvernos la *experiencia* de nuestra congregación, el modo de sentir de las primeras generaciones de Salesianos, la práctica concreta, los “gustos” del fundador.

Sería de gran interés continuar esta investigación para reflejar el magisterio de los primeros sucesores de Don Bosco; descubriríamos en sus escritos la misma sensibilidad del fundador y el testimonio vivo de la importancia que él dio a la meditación. Traemos aquí sólo dos fragmentos de este precioso magisterio.

Don Pablo Albera, segundo sucesor de Don Bosco, escribió en una circular de 1921:

«A medida [...] que el poder de las pasiones disminuye en nosotros y el deseo de progreso espiritual se hace más vivo y el amor de Dios más ardiente, el trabajo del intelecto tendrá una parte cada vez más pequeña en nuestra oración, mientras prevalezcan los movimientos del corazón, los deseos santos, las peticiones suplicantes y las resoluciones fervorosas. Esta es la llamada oración afectiva, que a su vez conduce a la oración unitiva, llamada oración contemplativa ordinaria por los maestros del espíritu. Alguien podría pensar que un salesiano no debe apuntar tan alto, y que Don Bosco no quería esto de sus hijos, ya que desde el principio ni siquiera les imponía la meditación formal en común. Pero puedo aseguraros que siempre fue su deseo ver a sus hijos elevarse, a través de la meditación, a esa unión íntima con Dios que tan admirablemente había realizado en sí mismo, y a esto nunca se cansó de incitarnos en cada ocasión propicia»⁶³.

Y Don Rinaldi, en una circular a los maestros de novicios de 1930, conservada en el *Archivo Salesiano Central*:

«Sin la meditación no se puede entender y gustar la vida espiritual. Y notad que por meditación Don Bosco no quiere decir sólo aquella meditación o concentración en la oración que escapa a las distracciones voluntarias: quiere hablar de la meditación misma tal como la hacemos ahora, es decir, aquella que se compone de reflexiones y consideraciones piadosas sobre la verdad de la fe, sobre la vida de Jesucristo, sobre las virtudes cristianas y religiosas, para obtener sentimientos piadosos y propuestas eficaces para una vida mejor. Y sabemos cómo ha seguido siempre haciendo su meditación, incluso en medio de las vicisitudes de aquellos años duros y difíciles»⁶⁴.

⁶² Sobre este tema, se puede consultar además del estudio ya citado, la voz G. BUCCELLATO, *Giovanni Bosco: il geloso custode della sua vita con Dio*, en L. BORRIELLO – E. CARUANA – M.R. DEL GENIO – R. DI MURO (coord.), *Nuovo Dizionario di Mistica*, Ciudad del Vaticano 2016.

⁶³ *Lettere circolari di Don Paolo Albera ai Salesiani*, SEI, Turín 1922, 406-407.

⁶⁴ ACS A 384.01.15. La carta, con el título *Cari maestri degli ascritti* no está fechada, pero puede fecharse entre 1930 (se cita una circular de Don Luigi Tirone de ese año) y 1931 (año de la muerte de Don Rinaldi). Es un precioso testimonio personal del cuarto sucesor de Don Bosco y contiene indicaciones y directrices para los maestros de novicios.

Comenzamos, en la introducción, afirmando que nuestras intenciones no eran, en modo alguno, *histórico-arqueológicas*. Hace algunos años, el salesiano Don Pietro Brocardo, en la conclusión de su estudio sobre el tema del *coloquio*, lo definió valientemente como «un elemento carismático esencial»⁶⁵, denunciando con fuerza a quienes, de manera demasiado simplista, justifican el abandono de esta práctica.

Estamos convencidos de que un correcto camino *hermenéutico* nos permitiría recuperar algunos elementos fundamentales de la preciosa herencia que nos ha sido transmitida por el fundador.

Creemos firmemente que el futuro de nuestra familia religiosa depende de esta cuidadosa investigación, animada por el amor sincero a Don Bosco, y de la convicción, expresada por el Concilio, de que «la adecuada adaptación y renovación de la vida religiosa comprende a la vez el continuo retorno a las fuentes de toda vida cristiana y a la inspiración originaria de los Institutos, y la acomodación de los mismos, a las cambiadas condiciones de los tiempos»⁶⁶.

Pensamos que la fidelidad a un método o a una escuela particular de espiritualidad no es un vínculo irrenunciable; las condiciones cambiantes de los tiempos, la importancia dada hoy a la Sagrada Escritura y el progreso de la teología pueden abrirnos nuevos caminos. Tal vez los cambios en las condiciones de vida también podrían abrir un debate sobre la *posibilidad* concreta de seguir haciendo meditación *en común*.

Muchas otras cosas podrían ser discutidas y profundizadas. El hecho es que, en nuestra opinión, la necesidad de la *oración mental formal* o de la meditación en la vida religiosa salesiana sigue siendo, utilizando la feliz expresión de Brocardo, *un dato carismático al que no se puede renunciar...*

⁶⁵ Cf. P. BROCCARDO, *Maturare in dialogo fraterno. Dal "rendiconto" di Don Bosco al "colloquio fraterno"*, LAS, Roma 1999, 210.

⁶⁶ *Perfectae Caritatis*, 2.

Pastoral juvenil

Introducción y conclusión del documento sinodal⁶⁷

El evento sinodal⁶⁸ que hemos vivido

1. «Derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños» (Hch 2,17; cf. Jl 3,1). Esta es la experiencia que hemos hecho en este Sínodo, caminando juntos y disponiéndonos a la escucha de la voz del Espíritu. Él nos ha sorprendido con la riqueza de sus dones, nos ha colmado de su valentía y su fuerza para llevar la esperanza al mundo.

Hemos caminado juntos, con el Sucesor de Pedro, que nos ha confirmado en la fe y nos ha fortalecido en el entusiasmo de la misión. Pese a provenir de contextos muy distintos, desde el punto de vista cultural y eclesial, hemos notado desde el inicio que había una sintonía espiritual, un deseo de diálogo y una verdadera empatía. Hemos trabajado juntos, compartiendo lo que más nos importaba, comunicando nuestras preocupaciones, sin esconder nuestras fatigas. Numerosas intervenciones nos han conmovido y nos han llenado de compasión evangélica: nos hemos sentido como un único cuerpo que sufre y se alegra. Queremos compartir con todos la experiencia de gracia que hemos vivido y transmitir a nuestras Iglesias y al mundo entero la alegría del Evangelio.

La presencia de los jóvenes ha marcado una novedad: a través de ellos ha resonado en el Sínodo la voz de toda una generación. Caminando con ellos, peregrinos a la tumba de Pedro, hemos experimentado que la cercanía crea las condiciones para que la Iglesia sea un espacio de diálogo y testimonio de fraternidad que fascine. La fuerza de esta experiencia supera toda fatiga y debilidad. El Señor sigue repitiéndonos: No temáis, yo estoy con vosotros.

⁶⁷ Puede consultarse el Documento final de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos en la web <http://www.synod2018.va/content/synod2018/es/documentos/documento-final-del-sinodo-de-los-obispos-sobre-los-jovenes.html>.

⁶⁸ En este Documento con el término “Sínodo” se refiere tanto al proceso sinodal como a la Asamblea general que tuvo lugar del 3 al 28 de octubre de 2018.

El proceso de preparación

2. Las aportaciones de los episcopados han representado un gran beneficio, así como las de los pastores, religiosos, laicos, expertos, educadores y muchos otros. Los jóvenes han participado desde el inicio en el proceso sinodal: el cuestionario en línea, numerosas contribuciones personales y sobre todo la Reunión pre-sinodal son un signo elocuente de ello. Su aportación ha sido esencial, como en el relato de los panes y los peces: Jesús ha podido realizar el milagro gracias a la disponibilidad de un joven que ha ofrecido con generosidad todo lo que tenía (cf. Jn 6,8-11).

Todas las contribuciones se sintetizaron en el *Instrumentum laboris*, que ha constituido la base sólida para la discusión durante las semanas de la Asamblea. Ahora el *Documento final* recoge el resultado de este proceso y lo impulsa hacia el futuro: expresa lo que los Padres sinodales han reconocido, interpretado y elegido a la luz de la Palabra de Dios.

El Documento final de la Asamblea sinodal

3. Es importante aclarar la relación entre el *Instrumentum laboris* y el *Documento final*. El primero es el marco de referencia unitario y sintético que deriva de dos años de escucha; el segundo es el fruto del discernimiento realizado y recoge los núcleos temáticos generativos sobre los que los Padres sinodales se han concentrado con especial intensidad y pasión. Por lo tanto, reconocemos la diversidad y la complementariedad de estos dos textos.

Ofrecemos este *Documento* al Santo Padre (cf. Francisco, *Episcopalis communio*, 18; *Instrucción*, art. 35 §5) y a toda la Iglesia como fruto de este Sínodo. Puesto que el camino sinodal todavía no ha terminado y prevé una fase de puesta en práctica (cf. *Episcopalis communio*, 19-21), el *Documento final* será un mapa para orientar los próximos pasos que la Iglesia tiene que realizar.

Conclusión

Llamados a ser santos

165. Las distintas vocaciones se resumen en una llamada a la santidad única y universal, que en el fondo es vivirla con la alegría del amor que resuena en el corazón de cada joven. Efectivamente, solo a partir de la única vocación a la santidad se pueden articular las diferentes formas de vida, sabiendo que Dios «nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (Francisco, *Gaudete et exsultate*, 1). La santidad encuentra su fuente perenne en el Padre, que a través de su Espíritu nos envía a Jesús, «el Santo de Dios» (Mc 1,24), que ha venido a habitar entre nosotros para hacernos santos a través de la amistad con él, que llena de alegría y paz nuestra vida. Condición fundamental para toda renovación es recuperar en la pastoral ordinaria de la Iglesia el contacto vivo con la bienaventurada existencia de Jesús.

Despertar al mundo con la santidad

166. Debemos ser santos para poder invitar a los jóvenes a convertirse en santos. Los jóvenes han pedido con fuerza una Iglesia auténtica, luminosa, transparente, alegre: solo una Iglesia de santos puede estar a la altura de dichas inquietudes. Muchos la han abandonado porque no han encontrado en ella santidad, sino mediocridad, presunción, división y corrupción. Lamentablemente el mundo se muestra más indignado por los abusos de algunas personas de la Iglesia que edificado por la santidad de sus miembros: por esto la Iglesia, en su conjunto, debe efectuar un cambio de enfoque decidido, inmediato y radical. Los jóvenes necesitan de santos que formen a otros santos, mostrando así que «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (Francisco, *Gaudete et exsultate*, 9). Existe un lenguaje que todos los hombres y las mujeres de cualquier época, lugar y cultura pueden entender, porque es inmediato y luminoso: es el lenguaje de la santidad.

Arrastrados por la santidad de los jóvenes

167. Quedó claro desde un principio del recorrido sinodal que los jóvenes son una parte integrante de la Iglesia. Entonces lo es también su santidad, que durante las últimas décadas ha florecido de múltiples formas en todo el mundo: ha sido para nosotros conmovedor contemplar y meditar durante el Sínodo el valor de tantos jóvenes que han renunciado a su propia vida por fidelidad al Evangelio; ha sido una experiencia vivificante escuchar el testimonio de los jóvenes presentes en el Sínodo que, en medio de persecuciones, han decidido compartir la pasión del Señor Jesús. A través de la santidad de los jóvenes la Iglesia puede renovar su ardor espiritual y su vigor apostólico. El bálsamo de la santidad generada por la vida buena de tantos jóvenes puede curar las heridas de la Iglesia y del mundo, devolviéndonos a aquella plenitud del amor al que desde siempre hemos sido llamados: los jóvenes santos nos animan a volver a nuestro amor primero (cf. *Ap* 2,4).

La solana

*Soportar pacientemente a las personas molestas*⁶⁹

Gianluigi Pasquale

*Se soporta a las personas molestas mejor de lo que se tolera a las insignificantes*⁷⁰.

El molesto en la sociedad de la técnica

Decir algo sobre esta obra de misericordia espiritual significa, antes de nada, rastrear el alcance del perdón bíblico como premisa y garantía del soportar pacientemente a las personas molestas. Pero antes de empezar a escuchar lo que la Sagrada Escritura nos sugiere a este respecto, es necesario abrir los ojos al hecho de cuanto esta obra de misericordia espiritual nos revela con sorprendente actualidad. Y esto porque en la sociedad de la técnica⁷¹, puede suceder que todas las personas nos resulten “molestas”. Es decir, que su presencia nos resulte inoportuna, fastidiosa y hasta insoportable, de tal manera que parecería caer sobre nosotros como una mole. Nunca como ahora, en este escenario de la modernidad tardía iniciada el 11 de setiembre de 2001, hemos deseado admirar el rostro del hermano o hermana que es el otro para mí. Pero también, nunca como ahora, la presencia del otro nos ha inquietado y en ocasiones casi nos golpea aunque no diga una palabra. Por poner solo un ejemplo, nos inquietamos cuando en el tren alguien está sentado a nuestro lado, o peor aún, enfrente, silenciosa y cortésmente; lo mismo cuando nos encontramos en un ascensor no solo con un desconocido, sino también con una persona con la que, tal vez, tengamos poca relación. Porque puede suceder que el otro no sea molesto sino que yo lo perciba en mi interior como alguien inquietante.

No es posible ni conveniente intentar hoy una interpretación adecuada de esta sexta obra de misericordia espiritual que nos invita a soportar a las personas molestas sin ser conscientes del contexto exterior ni nuestro panorama interior. Solo así podremos acercarnos al umbral de la Escritura con el fin de oír la voz de la palabra de Dios que

⁶⁹ Extracto del libro: *Las otras misericordias* de Lucetta Scaraffia (editorial Narcea), pp. 120-133.

⁷⁰ J. W. Goethe: *La afinidad electiva*, 1809.

⁷¹ Cf. U. Galimberti: *Psiche e tecne. L'uomo nell'età della tecnica*. Feltrinello, Milano, 2000, p. 255-258. *Id.* Heidegger, *Jaspers e il tramonto dell'Occidente*. Il Saggiatore, Milano, 1996, p. 192-200.

nos invita a perdonar como premisa necesaria para soportar pacientemente a las personas molestas.

Las condiciones preliminares de la Sagrada Escritura: “setenta y siete veces siete”

En la Biblia existe todo un muestrario de distintos tipos de ofensas: palabras ofensivas (2Sam 10,4), injurias (1Sam 25, 10-11), insultos (1Sam 20, 30), ultrajes (2Sam 16,5-14), deshonor (Gn 34, 1-5), desprecio (2Cr 18, 23), burla (1Mac 7, 34), engaño (Sir 23,23), robo y asesinato (1Re 21), adulterio y asesinato (2Sam 11, 1-25)...

Pero es en el contexto amargo de la vida cotidiana donde Israel experimenta algo distinto: “No hay otro Dios como tú, porque tú perdonas la maldad y olvidas las rebeliones de este pequeño resto de tu pueblo. Tú nos muestras tu amor y no mantienes por siempre tu enojo” (Mi 7,18).

El encuentro con Dios es para Israel una experiencia fundamental de perdón: “Pasó delante de Moisés, diciendo en voz alta: “¡El Señor! ¡El Señor! ¡Dios tierno y compasivo, paciente y grande en amor y verdad! Por mil generaciones se mantiene fiel en su amor, y perdona la maldad, la rebeldía y el pecado” (Ex 34,6-7; cf. también Nm 14,18-20; Ne 9,17).

La necesidad cotidiana de perdón por parte de Dios y su magnanimidad en concederlo establecen una nueva relación con el hermano: “Si encuentras el buey o el asno que tu enemigo había perdido, devuélveselo. No dejes de ayudar a aquel que te odia; si ves que su asno cae bajo el peso de la carga, ayúdale a quitar la carga de encima” (Ex 23,4-5).

Así: “Del vengativo se vengará el Señor; Dios llevará cuenta estricta de sus pecados. Perdona las ofensas a tu prójimo y Dios perdonará tus pecados cuando se lo pidas. Si uno guarda rencor a su prójimo, ¿cómo querrá que Dios le dé a él la salud?” (Sir 28,1-3).

Pero el perdón de Dios no es un “inocentismo”; él “castiga la culpa de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (Es 34,7b. Cf. Nm 14,18). Más aún, en base a una concepción de la “venganza privada”, se atribuye a Yahvé el título de *Go’el* (Is 41,14; Jer 50,34; Sal 19,15) –el vengador de la sangre– por el que el pariente más próximo de la víctima es el protector a quien compete el derecho de “dar muerte al homicida” (Nm 35,19). *Go’el* será considerado el mismo Mesías, el Cristo redentor.

Permanece, por tanto, la conciencia profunda de que el mal hecho al otro se paga con la muerte (cf. Gn 3 y Rm 6,23) y que un “ministerio de justicia” divina actúa junto al del perdón. Y por eso es esencial, además de razonable, distinguir claramente el juicio particular del universal que tendrá lugar al fin de los tiempos y que estará conectado al funcionamiento de la persona. Los rabinos expresan esta convicción con la imagen de los dos tronos sobre los que Dios se sienta: “No digas: “Dios es muy compasivo; por más

que yo peque, me perdonará.” Porque él es compasivo, pero también se enoja, y castiga con ira a los malvados. No tardes en volverte a él; no lo dejes siempre para el día siguiente. Porque, cuando menos lo pienses, el Señor se enojará, y perecerás en el día del castigo” (Sir 5,6-7).

El perdón tiene como condición fundamental la necesidad de retorno, la conversión: “Quizá cuando los de Judá sepan de todas las calamidades que pienso enviarles, dejarán su mala conducta y yo les perdonaré sus maldades y pecados” (Jer 36,3).

El Nuevo Testamento recoge y propone esta herencia condensada en la petición del Padrenuestro: “Perdónanos nuestras ofensas como [también nosotros Lc 11,4] perdonamos a los que nos han ofendido” (Mt 6,12). “Si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará el mal que vosotros hacéis” (Mt 6,15). “Perdonad y Dios os perdonará” (Lc 6,37).

El verbo que usa el Evangelio para la remisión de los pecados es *aphiemi*, que significa literalmente “liberar”, “echar”, “renunciar”. Propiamente indica la exención de un castigo debida a una conducta pecaminosa, la liberación del pecador de la pena que le espera. Secundariamente, la remisión comporta la supresión de la causa de la ofensa. Sustancialmente, el perdón es la lucha más eficaz que se puede concebir contra el mal. Es un don sin condiciones, no merecido, que Dios nos hace en Cristo. Por esto, Pablo usa otro verbo para indicar el perdón: *charizomai* que indica la capacidad de hacer un favor incondicionalmente, gratuitamente.

¿Cuántas veces debemos ofrecer el perdón? ¿hasta siete veces? Jesús responde a Pedro: “No siete veces sino hasta sesenta veces siete” (Mt 18,22) expresión en la que siete equivale al signo algebraico del infinito, el ocho horizontal; es decir, siempre. El radicalismo del Evangelio lleva este perdón hasta el extremo: hasta al malvado, hasta perdonar todo. “Ama mucho aquel a quien mucho se le ha perdonado” (cf. Lc 17,40-43.47b): el perdón es consecuencia necesaria del amor, pero también precede al amor, es su punto de partida (cf. Lc 17,47).

El perdón cristiano comporta también la corrección fraterna: “Si tu hermano comete un pecado, repréndelo; pero si se arrepiente, perdónalo. Y si comete un pecado siete veces al día contra ti y siete veces vuelve a ti diciendo “estoy arrepentido”, tú le perdonarás”.

Son, quizás, estos dos versículos de Lucas el “protocolo existencial” de cómo se debe soportar pacientemente a las personas molestas cuando continuamente nos piden un perdón que no debemos negar (cf. Lc 17,3-4). Es fácil para un franciscano como yo traer a la mente y al corazón la admirable “Carta a un ministro” del hermano Francisco, es decir a un superior, pero en la acepción franciscana de siervo (*minister*) de los hermanos, sin necesidad de tener que comentar después lo que se ha leído: “Te digo, como puedo, que todo aquello que te impide amar al Señor Dios, y quienquiera que sea para ti un impedimento, trátese de frailes o de otros, aun cuando te azotaran, debes tenerlo todo por gracia. Y así lo quieras y no otra cosa. Y tenlo esto por verdadera obediencia al Señor Dios, porque sé firmemente que ésta es verdadera obediencia. Y ama a aquellos que te hacen esto. Y no quieras de ellos otra cosa, sino cuanto el Señor te dé. Y ámalos en esto; y no quieras que sean mejores cristianos. Y que esto sea para ti

más que el eremitorio. Y en esto quiero conocer si tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieras esto, a saber, que no haya hermano alguno en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia, si pide misericordia. Y si él no pidiera misericordia, que tú le preguntes si quiere misericordia. Y si mil veces pecara después delante de tus ojos, ámalo más que a mí para esto, para que lo atraigas al Señor; y ten siempre misericordia de tales hermanos”.

Sin sombra de duda, esta carta de san Francisco está profundamente enraizada en el tejido evangélico del Nuevo Testamento, donde los discípulos, sobre todo Pedro y Pablo, dan del maestro este testimonio: “Cuando le insultaban, no contestaba con insultos; cuando le hacían sufrir, no amenazaba, sino que se encomendaba a Dios, que juzga con rectitud ... No devolváis mal por mal ni insulto por insulto. Al contrario, devolved bendición, pues Dios os ha llamado a recibir bendición” (1Pe 2,23; 3,9).

El anuncio del perdón de los pecados es uno de los rasgos constitutivos del kerigma apostólico (cf. Hch 2,38; 3,19; 13,38). Las comunidades de Pablo son constantemente invitadas a vivir en el perdón: “Sed buenos y compasivos unos con otros, y perdonaos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo” (Ef 4,32; cf. también Col 3,13).

Sin ceder a ninguna tentación de indulgencia, Pablo en la carta a los romanos, es explícito: “Queridos hermanos, no os toméis la justicia por vuestra mano, sino dejad que sea Dios quien castigue; porque el Señor dice en la Escritura: “A mí me corresponde hacer justicia; yo pagaré”. Y también: “Si tu enemigo tiene hambre dale de comer; si tiene sed dale de beber. Así harás que le arda la cara de vergüenza”. No te dejes vencer por el mal. Al contrario, vence con el bien el mal” (Rm 12,19-21).

La fuerza para soportar brota de la fe y crea la unidad

Los pecadores son especialmente molestos, hay que perdonarlos y también soportarlos. Es necesario hacer una precisión al hablar de soportar y de molestos. Mientras en el lenguaje común el verbo soportar tiene un significado negativo y sobre todo pasivo (“permanecer bajo un peso” que no se puede evitar) en la etimología de su equivalente griego conlleva un significado activo y positivo; significa mantenerse en pie ante alguien o ante algo, con firmeza; es un llevar sobre sí, manteniéndose firme y resistiendo el choque con el coraje de la paciencia. La paciencia es también la capacidad de padecer. Es la actitud del fuerte frente el enemigo, las adversidades o el dolor.

En la Sagrada Escritura soportar es ante todo algo propio de Dios porque él aguanta las murmuraciones de los hijos de Israel sin dejarse vencer por ellas: “¿Hasta cuándo voy a tener que soportar las habladurías de estos malvados israelitas? Ya les he oído hablar mal de mí” (Nm14,27). “Dios, queriendo dar un ejemplo de castigo y mostrar su poder, soportó con mucha paciencia a aquellos que merecían el castigo e iban a ser destruidos. Al mismo tiempo quiso dar a conocer en nosotros la grandeza de su gloria, pues tuvo compasión de nosotros y nos preparó de antemano para que tuviéramos parte en ella” (Rm 9,22-23).

Incluso si esta paciencia parece encontrar, como una barrera, la resistencia de la maldad humana, tal como intuye el profeta Jeremías: “Pero el Señor no pudo soportar más las malas acciones cometidas por vosotros y que a él tanto le disgustan. Por eso, vuestro país está hoy en ruinas y no hay nadie que viva en él; se ha convertido en ejemplo de maldición, en algo que causa terror” (Jr 44,22).

El mismo lamento lo encontramos en boca de Jesús: “Jesús contestó: ¡Oh, gente sin fe!, ¿hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros?” (Mc 9,19; cf. Mt 17,17; Lc 9,41).

El Señor no consigue soportar a quien no cree en su misericordia y, justamente por eso, se endurece en la maldad, en la no conversión. El cristiano está llamado, como imitador de Dios (Ef 5,1) a llevar sobre sí el peso de sus hermanos: “Por esto, yo, preso por la causa del Señor, os ruego que os portéis como deben hacerlo quienes han sido llamados por Dios, como lo fuisteis vosotros. Sed humildes y amables; tened paciencia y soportaos unos a otros con amor. Procurad manteneros siempre unidos, con la ayuda del Espíritu Santo y por medio de la paz que ya os une” (Ef 4,1-3). “Tened paciencia unos con otros y perdonaos si alguno tiene una queja contra otro. Así como el Señor os perdonó, perdonad también vosotros” (Col 3,13).

Soportar y perdonar son los principios de la vida comunitaria cristiana. Y no solo cristiana.

De hecho, es molesto alguien o cualquier cosa que provoca sufrimiento, fatiga o pesadez. Como afirma el libro de los Proverbios (27,3) hablando de los necios o los amigos de Job: “Las piedras y la arena son pesadas, pero más pesado es el enojo del necio (Pr 27,3). Vosotros, sois unos consoladores molestos” (Jb 16, 2).

En lugar de llevar con él el peso de los sucesos, ellos mismos se convierten en un peso añadido, en una nueva molestia. Y la medida de este soportar es, para un cristiano, una vez más, el amor: la caridad que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1Cor 13,7); porque como Dios mismo, como Cristo de quien este himno describe actitudes fundamentales, “no busca el propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal” (1Cor, 13,5).

Perdonar y soportar son principios básicos de la vida eclesial. Pero son, sobre todo, revelación y actualización de la perfección del Padre en la comunidad de los hermanos.

En suma, la Sagrada Escritura, que es siempre fuente de vida nueva, reconoce que puede haber en nuestro entorno personas molestas y que su presencia puede pesar sobre el equilibrio difícil de una comunidad. Pero la propuesta del Nuevo Testamento es desconcertante: con nuestro amor de cristianos podemos “aligerar el peso” de una comunidad realizando esta obra de misericordia espiritual.

El espíritu de Jesús que soportó en su cuerpo la tortura y los azotes, actúa en nosotros con su gracia y nos permite no solo soportar con paciencia a los molestos sino volverlos a integrar en la comunidad mediante una acción pacificadora. Cuanto más se parece el latir del corazón de Jesús al de un bautizado, tanto más la comunidad cristiana y la comunidad civil se construyen en la esperanza y curan sus heridas con el bálsamo de la

caridad porque solo *de este modo* se cumple el diagrama de la profecía neotestamentaria.

Ya lo había comprendido Pablo, el apóstol de los gentiles, cuando en la carta a la comunidad cristiana de Roma, en el centro del capítulo trece, nos revelaba el secreto más eficaz para soportar a las personas molestas, mediante esta invitación: “No os dejéis vencer por el mal, sino que más bien venced el mal con el bien” (Rm 12,21).

Si todos obrásemos así, en el mundo del mañana no existirían los huéspedes inquietantes, de los que hablábamos al principio, cuya fuerza invasora solo puede ser sofocada con el estigma característico del bien que para todo ser humano es la sonrisa y, para el cristiano, la posibilidad de entrever en cada hermano el brillo maravilloso de los ojos de Jesús y, en consecuencia, la luz misma de Dios.

Familia

Claves para una pastoral juvenil orientada a la familia

José Luis Villota, SDB⁷²

El icono de Pentecostés: El Espíritu, fecunda y alumbra la Iglesia

- *Una Iglesia de discípulos*
- *Bajo el dinamismo de la Gracia*
- *Maternidad-paternidad espiritual*

Esta es una imagen del “Via lucis”; la decimocuarta de la serie y la que lo cierra. Corresponde a “Pentecostés”. Aparece de manera nítida el momento del nacimiento de la Iglesia. No es una imagen estática: tiene dinamismo y movimiento. Me llamó la atención que los apóstoles están todos juntos, arropados por la ola de fuerza que emana del Espíritu Santo, en la parte superior. Las manos abiertas, unas imploran, otras acogen, otras se repliegan sobre sí mismos. En esta imagen, me causó impresión ver que María está en el centro. No como figura decorativa, sino en el medio del grupo, bien iluminada, entronizada, sobre un estrado y las manos extendidas, justo debajo del Espíritu Santo.



Al ver esta imagen, comprendí, como digo, qué es la Iglesia y cuál es su esencia. La iglesia es familia reunida. Familia querida y fecundada por el Espíritu Santo; sostenida por Él, que es quién nos lo enseña todo acerca de Jesús y el Misterio de Dios. El Espíritu Santo nos lleva a plenitud en nuestra experiencia de fe y en nuestras relaciones; puesto que Dios sobre todo es “misterio de comunión”.

⁷² Ponencia del Congreso de la Familia Salesiana (El Escorial, 13 de octubre de 2018).

Esta familia es madre, porque nació en torno a María, la madre de Jesús. Ella es la madre de la Iglesia. Esta familia tiene una vocación: engendrar hijos a la fe, en el seguimiento de su hijo Jesús. Y esto no es posible sin comunidad.

Os ofrezco esta imagen en primer lugar porque la familia salesiana tiene que ver con ella. No solo porque todo nació con una “simple avemaría”, o porque don Bosco nos la ofreciera como “auxilio de los cristianos”, sino porque nuestra familia forma parte de la Iglesia y está llamada a ser “madre” de todos los jóvenes del mundo. Presencia, familia, paternidad-maternidad son las claves del Sistema Preventivo.

Desde esta evocadora estampa, voy a derivar el contenido de esta comunicación. Para ello, propondré varios “paisajes”, que tienen que ver con lo que estamos llamados a ser y hacer por la única misión juvenil, y en este caso también, al lado de las familias.

Paisaje 1.- Recreemos como Familia Salesiana la profecía de la “fraternidad”

- *Lo que “somos”, no lo que “hacemos”*
- *Unidos en la misión: entre la autonomía y la comunión*
- *Reflexionar, discernir y proyectar la misión juvenil*

Un “paisaje” es una estampa descriptiva de una realidad. Puede tener también un tono evocador, aludiendo no tanto a lo que retrata, sino a lo que puede suceder, o tenemos necesidad de que suceda. Este primer paisaje, tiene precisamente un tono evocador.

Tenemos una suerte como Familia Salesiana, y es que el Espíritu Santo nos ha querido así, familia desde el inicio. En comparación con otros grupos eclesiales, la Familia Salesiana ha recibido como ADN el ser familia. Estos genes carismáticos, nos vincula a 31 grupos diversos y, en ellos, a muchísimos seglares y educadores, que se descubren como un “basto movimiento para la salvación de la juventud”. Éste era el sentir de Don Bosco en los orígenes. Ésta es la experiencia que debemos seguir construyendo: ser Familia Carismática.

Esta es una realidad dinámica, que se va concretando a lo largo de la historia, y que, por lo tanto, aún no está acabada. Para ello, necesitamos seguir creyendo en que ello es posible, y que es un reto a seguir afrontando. Rosanno Sala, salesiano experto en Pastoral Juvenil, expresaba así el desafío en el Congreso SYM Family de noviembre pasado: “Creo que hay una primera reforma que llevar a cabo, una verdadera conversión: asimilar el estilo de comunión, las dinámicas del compartir y el arte de la corresponsabilidad”.

Y sigue diciendo: “Hablamos mucho de ello, pero estamos muy atrasados respecto de lo que debiéramos haber caminado. Apreciar todas las vocaciones, recibir con alegría la aportación de cada uno para bien de los jóvenes, vivir en la lógica del intercambio, competir por estimarnos mutuamente son horizontes todavía por alcanzar”.

Comparto el reto. Nos hemos centrado en las cosas propias de cada grupo (SDB, FMA, SSCC, otros). A veces, con tristeza, hemos pensado que lo que realmente debíamos hacer era “defender” lo propio, como lo más importante. Gracias a Dios, avanza este “espíritu de comunión” y vamos comprendiendo que lo que nos hace capaces y creativos ante la Misión es nuestra comunión. Alguna vez pienso, que cuando seamos capaces de ser y trabajar como familia carismática, seremos capaces de promover iniciativas más allá de nuestras casas, y ser de verdad movimiento que ofrece respuestas e interpela en el territorio social y eclesial en el que nos toca vivir.

Primero es el SER, y lo principal es acertar a vivir una **espiritualidad de comunión**, que es hoy -como dice el Rector Mayor-, “profecía de fraternidad”. Esta utopía de la comunión no elimina lo propio de cada uno de nuestros grupos carismáticos. Es más, eso propio que nos distingue debería ser lo que apreciáramos unos de otros, pues es eso que nos enriquece.

Intuyo, por esto mismo, que al menos la Familia Salesiana, para ser Familia apostólica para, por y con los jóvenes y sus familias, deberíamos caminar por esta ruta:

- Poner en el centro el dinamismo espiritual: cuidado de nuestra vocación, y fortalecimiento de las raíces espirituales (espiritualidad de la Presencia de Dios, de la Palabra y los Sacramentos).
- Configurar un sistema de relaciones y comunicación entre los grupos de la Familia Salesiana
- Discernir juntos la condición juvenil y sus necesidades, para ir más allá de nuestras casas, proyectos y realidades. La misión salesiana es global, universal.
- Compartir un proyecto educativo-pastoral, al menos en sus grandes ejes, desde donde emerja un trabajo pastoral novedoso y creativo.
- Conformar una amplia convocatoria y cualificación de cuantas personas se sientan identificadas con la educación y evangelización de los jóvenes.

Paisaje 2- Una nueva “paternidad” compartida

- *El papel de los adultos en la casa salesiana. Paternidad responsable*
- *Comunidades educativas, bajo el prisma del Sistema Preventivo*
- *Acompañantes de la vida, el Sentido y la fe de los jóvenes*

Volviendo al icono del principio, vemos a María, en su papel como madre de la Iglesia, fecunda por la acción del Espíritu Santo. María es icono de la Iglesia, que alumbró nuevos hijos a la fe. La fecundidad es un regalo de Dios, y por eso, la vocación propia de todo creyente adulto. Detrás de la fecundidad está el Deseo de paternidad, el Amor y la responsabilidad para que el Evangelio siga alentando, como una corriente de vida para todos los hijos de este mundo. Ser “padres y madres”, ésta es nuestra vocación.

La crisis de la familia, que hoy vivimos, tiene que ver, sobre todo, con la proyección que los adultos hacen de sí mismos. Muchas familias de hoy no sienten el deseo de ser padres, como su vocación primera. Las parejas se vinculan desde la necesidad del afecto y el bienestar personal. No necesariamente hay proyecto de pareja. Frecuentemente no existe más que un pacto tácito, hasta que el desamor o la rutina les separe. Más que crisis de familia es crisis de humanidad, de concepción antropológica.

Vivimos tiempos en donde la cultura y los hábitos sociales se “juvenilizan”. Es una palabra rara, que cada vez la escucho más. Y tiene que ver con la crisis a la que acabo de aludir. Describo el paisaje.

Nadie viste como mayor; las madres quieren ser como sus hijas, vestir, peinarse como ellas. Ningún adulto se dice mayor; mucho menos viejo o anciano. Buscamos fórmulas para una salud estupenda, una apariencia divina de la muerte, y culpamos a la fatalidad el morir tan joven cuando solo se tienen 80 años y tanta vida por delante. ¿Sabéis lo terrible del caso? Si esta sociedad revive el mito de la eterna juventud, jamás aceptará lo propio de la edad adulta. Y lo *propio de la adultez es ser padres*. Muchos padres actuales hacen dejación de sus funciones por no parecer raros o poco modernos; es decir mayores. Por eso, ya nadie educa. Parece como si lo sustancial de la vida, que es convertirse en mayores, y transmitir la experiencia de la vida para iluminar la vida de los más jóvenes, sea una cosa sin importancia. En vez de eso, la irrelevancia y la esterilidad.

El “Instrumentum laboris”, del próximo sínodo de los obispos percibe como verdadero problema la “aniquilación de la edad adulta en el universo cultural occidental, en donde los mayores no están interesados en transmitir los verdaderos valores de la existencia a las generaciones más jóvenes, y les sienten más como competidores que como posibles aliados” (14). Tal vez por ello, los jóvenes tienen necesidad de familia. Anhelan unos padres que sean referentes mientras adquieren su madurez personal. Necesitan una familia, que los acoja como “hijos”. Aquí tenemos una bonita posibilidad, nosotros que nos decimos “Familia Salesiana”. Tal vez no hayamos sospechado que lo que de verdad buscan los chicos de hoy sean adultos, que no lo oculten, y sean referencia GPS, en sus coordenadas vitales.

El Instrumentum laboris, asume el reto, y así lo sugiere: “Para muchos jóvenes que viven en familias frágiles y desfavorecidas, es importante que perciban a la Iglesia como una verdadera familia que puede adoptarlos como hijos propios” (178)

Me preguntaba cuál es el papel de los adultos en la casa salesiana. Para don Bosco, la casa era el lugar de la familia. En esa familia, los educadores velan y cuidan a los hijos, y las relaciones de familiaridad y confianza regulan el espíritu familiar. Sin padres, la familia deja de serlo. ¿Estamos listos para convertirnos en padres? ¿Estimamos nuestra vocación por la capacidad de tener hijos y ser padres o por la fatalidad de que ya no podemos ser colegas de los chavales, por culpa de la edad?

Veréis si esto es terrible, que muchos niños y jóvenes de hoy viven huérfanos, aunque sus padres estén vivos: son huérfanos con padres vivos. Y es que lo que hace que una persona sea “padre” o “madre” no es su condición biológica, sino su actitud para hacerse cargo de esos que son o adquiere el compromiso de convertirlos en hijos suyos. Esta

característica de la paternidad como capacidad de engendrar y acompañar nuevas vidas, vale para todas las vocaciones dentro de la familia salesiana: aquellos que se realizan en un estado de vida matrimonial, laical o de vida consagrada.

En un foro de Familia Salesiana, como éste, es bueno tomar el compromiso de convertirnos en padres de estos niños y jóvenes. No para sustituir a los suyos. Sino como necesidad espiritual de cada uno de nosotros. Lo mismo que el sacerdote Elí, prohijó al niño Samuel, y José a su hijo Jesús o Don Bosco a Domingo Savio y tantos otros, ***Dios nos regala el don de la paternidad***, que se convierte en compromiso educativo y espiritual. En este sentido, lo propio de nuestra paternidad es acompañar la vida, el sentido que ésta tiene y en último término educar en la fe, como sentido final y supremo de todo. Tal vez para este viaje necesitemos a las mismas familias, que nos enseñen caminos para hacerlo. Estoy convencido que el contacto directo con las familias es un viaje de reciprocidad. Ellas nos necesitan para fortalecer su experiencia de padres desde el evangelio, y nosotros les necesitamos para prohijar a los jóvenes de nuestro entorno, comenzado por los de casa.

Paisaje 3- La atención de la Familia Salesiana a la familia: signo de los tiempos

- *Más que atender los fracasos de hoy, eduquemos para la familia del mañana*
- *La falta de referencia familiar: un signo de la pobreza juvenil de hoy*
- *Familia frágil: necesitada del cuidado pastoral*

Hasta aquí, el papel que estamos llamados a jugar como Familia Salesiana, respecto de los “hijos”, que Dios quiere darnos. Pero también la familia debe ser objeto de cuidado en sí misma. Pasamos ahora al reto que suponen las familias para todos nosotros.

Comenzaré por una bonita expresión de *Amoris laetitia*, que dice así: “Hoy más necesaria que una pastoral de los fracasos, es el esfuerzo pastoral por consolidar la familia del mañana” (307).

No deja de ser una clave preventiva, y por tanto, muy nuestra. He aquí el tercer Paisaje: sostener a las familias y alentar la familia del mañana.

Hablando de familia, los mismos jóvenes reconocen que entre los lugares que ayudan al desarrollo de la propia personalidad, la familia ocupa un lugar privilegiado. El *Instrumentum Laboris* en su primera parte, como las encuestas más recientes sobre los jóvenes, apuntan la valoración que hacen las jóvenes generaciones de la familia. Están a gusto en casa, desean una familia que les ayude a sentir vinculación y pertenencia. No obstante, la falta de referencia familiar es un signo de la pobreza que viven hoy niños y jóvenes. Antes aludíamos a esa suerte de orfandad de facto que viven muchos de ellos. El drama no es que se mueran los padres, sino que estando vivos no ejercen como tales. Este puede ser el primer objetivo de nuestra tarea con las familias.

Fabio Attard recordó en el pasado Congreso sobre Pastoral Juvenil y Familia que no pretendíamos inaugurar una nueva pastoral familiar en paralelo con la Pastoral Juvenil

Salesiana. Pero el cuidado de la familia es una impostación que nos vuelve a recordar el criterio preventivo. Esta opción familiar –dice Rosanno Sala- es lícita y prioritaria, porque en realidad crea las condiciones para una educación duradera y sólida, poniendo las bases para una renovación de la sociedad en su conjunto. Es decir, cuidar a los jóvenes supone cuidar a sus familias, atenderlas y cuidarlas. No olvidamos tampoco al Papa Benedicto cuando dirigiéndose al CG26, dice:

“La predilección y el compromiso por los jóvenes, que caracteriza el carisma de Don Bosco, deben traducirse en un compromiso análogo por la implicación y la formación de las familias. Cuidar las familias no significa restar fuerzas al trabajo a favor de los jóvenes, antes al contrario, dar a éste mayor duración y eficacia”.

El Papa Francisco, nos ayuda a identificar mejor el paisaje que debemos cuidar y alentar. En *Amoris Laetitia*, indica tres rasgos que son propios de la familia. En primer, **la familia es escuela de humanidad**, en donde las nuevas generaciones aprenden los grandes valores y adquieren los referentes fundamentales de la vida. A la par, la familia es también **escuela de sociabilidad**, abierta y comprometida en la construcción de la sociedad y también abierta a vivir la comunión dentro de la Iglesia. Por último, **la familia es escuela de fe** y de santificación, para los cónyuges y los hijos.

Ante estas tres responsabilidades, que corresponden a las familias, debemos procurarles el apoyo necesario para hacerlo. Sabiendo, como nos recuerda *Amoris Laetitia* que la familia es a la vez fuerte y frágil, no se puede obviar la necesidad que tienen por parte de las comunidades cristianas de verse sostenidas en su rol de educadores, promoviendo su formación y los medios para hacerlo (*Bruno Forte*, “*La familia en el camino sinodal de la Iglesia*). *¿Qué caminos de refuerzo y sostenimiento educativo podríamos sospechar para con las familias?*

Paisaje 4- La “casa salesiana”, un ecosistema vocacional

- *En la cultura del anonimato y de los “no lugares”*
- *La experiencia del Oratorio (criterio) genera identidad y vinculación*
- *Las familias reclaman su protagonismo, como vocación específica que son*
- *Ámbitos propios de la familia: vocación al amor, generar vida, educar*
- *Presencia y testimonio educativo y vocacional*

Para acabar delinear el cuarto paisaje, que es el lugar en donde todo ello debe hacerse posible: no es otro, sino la casa salesiana, al que titulé como un verdadero ecosistema de vocaciones.

Nuestra Pastoral Juvenil tiene el reto principal de ser familia y de expresarse como familia. En nuestra tradición salesiana, hemos empleado el nombre de Casa para identificar nuestra singularidad carismática. La casa salesiana es indistintamente el lugar donde vive la comunidad religiosa, como el espacio en donde acogemos y educamos a los chicos, que la presencia en donde llevamos a cabo la experiencia de sentirnos Comunidad educativo-pastoral, religiosos, jóvenes, familias y educadores. La

casa salesiana es icono, no solo es una realidad que se da, sin más. Es icono porque nos refiere al bello cometido de ser antes que nada “seno materno”, “familia” para niños, jóvenes y familias. La experiencia del Oratorio –y siempre es el criterio de nuestras obras salesianas- genera identidad y vinculación.

La sociología desde hace ya dos décadas viene hablando de los “no lugares”, como esos espacios que frecuentamos, en donde uno no es “nadie”, solo un usuario, un comprador. La cultura del anonimato la vivimos en los centros comerciales, en los grandes centros de ocio, por ejemplo. Lo propio de esos lugares es que ninguno se siente vecino ni próximo de nadie. Las relaciones son frías, comerciales y asépticas. Tienen una puerta de entrada y una de salida, y uno permanece en la medida en que satisface sus necesidades de consumo, sabiendo que nada de lo que hay dentro (ni personas, ni cosas) le pertenece. Es como esa riada de gentes sin rostros, sin almas; solo con necesidades que hay que satisfacer. Esta cultura de los no lugares nos está afectando y retando. ¿Podemos estar convirtiendo nuestras casas salesianas en lugares anónimos? ¿Estaremos despreciando el calor de las relaciones personales por satisfacer la demanda formativa de los usuarios? ¿Estaremos dando más valor a los programas que al acompañamiento y cuidado de las personas?

Seguramente que pueden parecer preguntas retóricas... pero al menos, nos siembran de dudas, que es mucho. Solo cuando hay dudas, hay regeneración.

Y en concreto ¿qué papel podemos intuir para las familias en nuestras Comunidades educativo-pastorales?

Hasta ahora han tenido un papel secundario como colaboradores de la tarea educativa, dándoles participación en momentos específicos. ***Las familias reclaman su protagonismo*** como vocación específica que son. Esta fue una de las conclusiones fuertes a las que llegó el último Congreso internacional sobre Pastoral Juvenil y Familia: “Situación a las familias como sujetos en el núcleo animador de nuestras CEP”.

Junto a las vocaciones propias de la Familia Salesiana, está otra más, como es la vocación familiar, que está llamada a entrar en juego y empastar carismáticamente. Y si lo propio de la familia es la vocación al amor, la generación de vida y la educación de los hijos; ninguno de estos tres cometidos puede delegarlos. Es más, deben ser atendidos, reconocidos y promovidos en la casa salesiana. Pero, como decíamos que las Familias reclaman su protagonismo como sujeto pastoral, no solo debemos prever lo que nosotros podemos hacer por ellas. También será necesario ver qué nos aportan las familias a nuestros grupos carismáticos y a nuestras comunidades educativo-pastorales.

Al hablar antes de la misión de fecundar y convertirnos en padres, intuíamos esto, aunque no lo dijimos. Lo hago ahora. Son las familias quienes nos deben enseñar a ser padres. Ellas nos tienen que enseñar de manera real qué significa amar, cómo se cuida la vida de los hijos, y cómo es el compromiso real a la hora de educar (tiempos, dedicación...). La misión salesiana puede renovarse y ser fecundada por el contacto vivo con las familias cristianas. Ellas pueden enriquecer la CEP y su núcleo animador.

De cara a la tarea pastoral más explícita, ¿qué puede aportar la familia a nuestra Pastoral Juvenil?

En lo que voy a decir sigo a Rosanno Sala. Él sitúa ciertos aportes muy específicos que pueden aportar las familias, vinculadas al núcleo animador de las CEP. Él habla de:

- La educación afectiva en los grupos juveniles.
- La presencia y acompañamiento de otras familias
- El testimonio vocacional junto con los consagrados en momentos de animación vocacional.

La primera, la educación afectiva en los grupos juveniles, sería una gran aportación, en un contexto a-vocacional, como el que vivimos. ¡Quién mejor que la familia para hacer entrar a los jóvenes en la lógica del amor, como donación! Las familias pueden enseñar la tensión sana a la hora de gestionar la vida ordinaria y las relaciones: el perdón, la ayuda desinteresada, la generosidad, la pertenencia mutua, entre otras. En esta misma línea, vislumbramos una aportación específica de las familias en la educación afectiva y en la formación de jóvenes parejas al matrimonio, que tendremos que dar forma, reclamando el protagonismo y la aportación de las familias en este empeño.

En el segundo ámbito, familias que ayudan a otras familias, se está subrayando la autonomía de los laicos respecto de la tutela de nuestra pastoral. Como vocación específica, la familia puede y debe desplegar su compromiso, de forma autónoma, y qué mejor compromiso que la de formar y acompañar el camino de otras familias. Ya tenemos las primeras experiencias en este campo entre nosotros (ver Grupos de Padres en Atocha, o la propia experiencia de los Hogares Don Bosco). Debemos ir socializándolas para estimular el empeño apostólico de otros grupos familiares.

En el tercero de los aspectos, el del testimonio vocacional, nos indica que podemos empezar a hablar de sinfonía vocacional al interior de nuestras casas salesianas. En cada casa salesiana se da este bonito caleidoscopio de las distintas vocaciones, que podemos vivir y ofrecer como testimonio a los jóvenes. Qué mejor propuesta vocacional que reconocer en nuestras casas la buena sintonía entre sacerdotes, consagrados, laicos comprometidos y familias como tal. Este testimonio conjunto deberá hacer creíble la común vocación de los cristianos al Amor, vivido de distintas formas, que no se hacen la competencia, sino que viven de una auténtica fecundidad. Dice Rosanno Sala al respecto, que “trabajamos para engendrar adultos en la fe y en la vida y por ello ayudamos a los chicos a confrontarse con personas que han logrado una madurez vocacional en diversos estados de vida”.

Será desde este ejemplo vocacional, plural y vivido en reciprocidad y con alegría (matrimonios, consagrados, laicos comprometidos...) desde el que los jóvenes sientan el deseo de vivir su vida como vocación, e ir descubriendo el proyecto de vida específico que Dios ha pensado para cada uno de ellos. Esto será verdadera Cultura Vocacional.

También, por último, hay una formación específica sobre la pastoral familiar, que proyectar. Se abre un tiempo para pensarla juntos, a fin de hacernos capaces de acompañar a las familias, crear contextos de encuentro, facilitar el protagonismo de las mismas y sobre todo, de dignificar la vocación específica de la familia.

Conclusión

He tratado de esbozar cuatro paisajes pastorales, desde la evocación de Pentecostés. Nuestro carisma salesiano, lo mismo que la Iglesia, se desarrolla en cada momento histórico, y camina hacia su plenificación, con la aportación de las personas y grupos, según el Espíritu de Dios va suscitando a lo largo de los tiempos. Estos caminos del Espíritu los encontramos ya como realización y como fruto en nuestras casas salesianas, pero solo en parte. Algunos de ellos aún están en difuminado. Dios llevará a un mejor perfilado y acabado de lo que aún resta.

Con María, vamos entendiendo el dinamismo de la fe, que se sustenta en la Comunión de los hermanos y en la escucha constante al Espíritu de Dios. Solo en la medida que estemos con las manos abiertas, en actitud implorante, pero unidos, como María y los discípulos, nuestra Familia Salesiana se encontrará con un dinamismo inusitado.



Lectio Divina

La mediación eclesial

“Jesús en personal se acercó y se puso a caminar con ellos” (Lc 24,15)

Juan José Bartolomé

Lectio sobre Lc 24,13-35



El manual de pastoral juvenil expone la “identidad comunitaria” de la Comunidad Educativo-Pastoral, “sus dinamismos, su estilo de corresponsabilidad y sus modalidades de animación para orientar y estimular su crecimiento” y afirma que se debe “invertir en la figura del educador cristiano”. Éste está llamado a animar la comunidad educativo-pastoral mediante el acompañamiento pastoral que le consiente más que a “vivir ‘por’ los jóvenes [...], a crecer ‘con’ ellos”. Éste es el método adoptado por Jesús Resucitado para ganarse de nuevo a los suyos en el camino a Emaús. Y, como pretende subrayar Lc 24, 15a, “implica que se llegue a la persona en su individualidad, ‘en un tú a tú’, incluso cuando —si bien no sólo, ni principalmente— está

activamente inserta en un ambiente o en un grupo”.

La narración del camino a Emaús de los dos discípulos se presenta como modelo de un posible ‘procedimiento’ que seguir para llegar a la experiencia pascual. Todos los que no han visto personalmente al Resucitado deberán recurrir a la mediación eclesial para convertirse en creyentes: palabra de Dios que desvela el sentido de la propia experiencia y mesa común en la que se parte y reparte el Pan, recordando la muerte de Jesús, son las etapas de este camino. Pero quienes lo recorrieron se convirtieron en creyentes cuando —y porque— se encontraron con Jesús vivo, o mejor dicho, él se encontró con ellos. Como todos nosotros. La narración lucana tiene el mérito de subrayar el acompañamiento personal como método en el camino hacia la fe. Primero el desconocido acompaña a los dos desconcertados discípulos compartiendo su fatiga y desorientación; una vez escuchado y reconocido, los discípulos vuelven a la comunidad donde su fe será acompañada y salvaguardada por la fe de los hermanos.

¹³ Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. ¹⁴ Iban hablando de todos estos sucesos. ¹⁵ Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero sus ojos estaban ofuscados y no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷ Él les dijo:

“¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?”

Ellos se detuvieron entristecidos, ¹⁸ y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:

“¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?”

¹⁹ Él les preguntó:

“¿Qué ha pasado?”

Ellos contestaron:

“Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ²⁰ ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron? ²¹ Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel. Y sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. ²² Bien es verdad que algunas de nuestras mujeres nos han sobresaltado, porque fueron temprano al sepulcro ²³ y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. ²⁴ Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo hallaron todo como las mujeres decían, pero a él no lo vieron”.

²⁵ Entonces Jesús les dijo:

“¡Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?”

²⁷ Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de él las Escrituras. ²⁸ Al llegar a la aldea adonde iban, Jesús hizo además de seguir adelante. ²⁹ Pero ellos le insistieron diciendo:

“Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo”.

Y entró para quedarse con ellos. ³⁰ Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. ³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. ³² Y se dijeron uno a otro:

“¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”

³³ En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás, ³⁴ que les dijeron:

“Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón”.

³⁵ Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

1. Entender el texto, releyéndolo

Tras el descubrimiento de la tumba vacía por parte de las mujeres y el primer anuncio, no creído, de la resurrección de Jesús (Lc 24, 1-11), Lucas nos recuerda, caso único en la tradición evangélica, el episodio de Emaús. El relato, uno de los más exitosos de todo el NT, tiene una estructura formal fácil de descubrir: la narración se abre con la presentación de los personajes, de camino a Emaús, y la fecha del acontecimiento, en el día de la Pascua (Lc 24, 13-14).

Por el camino conversan sobre lo que ha sucedido en Jerusalén (Lc 24, 15-29): aparece un desconocido, el diálogo domina el relato (Lc 24, 17-27.29b). El narrador cede así la palabra a sus personajes: identifica su mensaje con la conversación de los viandantes. No basta con saber lo que ha sucedido en Jerusalén, si no se contemplan los hechos a la luz

del plan de Dios. La incredulidad aleja de Jerusalén a estos dos discípulos; el camino de Emaús lo recorren conversando sobre cuanto había sucedido en Jerusalén. Cuanto más hablan, más se alejan, efectiva y afectivamente, de Jerusalén y de cuando había allí sucedido. Siendo ya testigos de todo lo que había sucedido no podían aún ser testigos del Resucitado.

Jesús, sin que lo reconozcan, comparte el camino con ellos porque quiere entrar en su conversación: se ocupa de lo que les estaba preocupando (Lc 24, 15). No lo reconocieron porque no podían: sus ojos estaban ofuscados (Lc 24, 16): ¿cómo es posible que los mismos que tenían tantas esperanzas puestas en Jesús (cf. Lc 24, 18-24) no fueran capaces de reconocerlo junto a ellos? Los ojos que lo vieron vivo y lo saben muerto no bastan para creerlo resucitado. Deberán ver algo más, algo nuevo (cf. Lc 24, 31).

El desconocido parece no conocer el tema de la conversación pero se da cuenta de que la tristeza embarga a sus interlocutores (Lc 24, 17). Su ignorancia resulta inexplicable para Cleofás (Lc 24, 18) que toma la palabra y le informa: Jesús de Nazaret, al que habían considerado un verdadero hombre de Dios (Lc 24, 19), ha sido ajusticiado (Lc 24, 20); su muerte había enterrado toda esperanza (Lc 24, 21). Ciertamente, algunas mujeres seguían diciendo que habían encontrado su tumba vacía (Lc 24, 22-23). Pero ninguno lo ha visto vivo todavía; y ninguno se lo puede creer (Lc 24, 24).

Por no ver lo que ha sucedido a la luz de la voluntad divina, dice el desconocido, no entienden con el corazón aquello que saben decir con la boca (Lc 24, 25). Y continuando el viaje a Emaús, les hace recorrer un nuevo camino a través de las Escrituras; en ellas se predecía ya el destino de Jesús, su camino de pasión hacia la gloria (Lc 24, 27). Una vez llegados a Emaús, con una nueva comprensión de lo que había sucedido y con un corazón nuevo (cf. Lc 24, 32), invitan al desconocido a acompañarles y quedarse con ellos: está anocheciendo (Lc 24, 29). Jesús, todavía desconocido, no puede dejarles solos, porque no lo han reconocido aún. El viandante se hace huésped (Lc 24, 30a); el compañero de camino, comensal (Lc 24, 30b): el pan bendito y repartido es el gesto que les abre los ojos y el corazón: ¡quién si no su Señor pudo darles el pan bendito (Lc 24, 31)!

Una vez reconocido, el Resucitado desaparece. Saberlo vivo hace innecesaria su presencia. Pero los que lo saben deben volver, de noche y con prisa, a la ciudad que había sido la tumba de su fe y a la comunidad que habían abandonado (Lc 24, 33): allí, al ser recibidos, recibirán también el anuncio de la fe común: “Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón” (Lc 24, 34). El encuentro con el Señor Resucitado debe concluir re-encuentrando a la comunidad de los testigos.

2. Aplicar el sentido, apropiándose de él

La cita elegida revela la iniciativa de Jesús Resucitado al unirse y acompañar a los discípulos un poco perdidos por los acontecimientos vividos. El relato ofrece un relato de nuestra vida cristiana que es de sorprendente actualidad. Todos podemos vernos representados en esos dos discípulos que, en el mismo día de la Resurrección, cuando ya Jesús estaba vivo y se había dejado ver por algunos, volvían desilusionados a sus

casas y a sus ocupaciones previas. La sensación de fracaso, la desilusión que les dominaba mientras caminaban solos y sin esperanza es hoy símbolo de la situación actual de tantos de nosotros.

Nos resulta tan fácil comprender a estos dos discípulos que, desilusionados con Jesús, al que daban por muerto, volvían a su casa y a sus ocupaciones familiares, porque así disculpamos mejor nuestro cansancio en el vivir cotidianamente la fe y en nuestro abandono del seguimiento. Como aquellos dos discípulos de Emaús, llevamos la tristeza en el corazón y las tinieblas en los ojos, porque la vida, incluso la vida cristiana, no ha satisfecho todas las esperanzas que nos habíamos hecho cuando habíamos decidido seguir a Jesús, y porque la muerte ha estado cerca demasiadas veces, tantas que vivimos temiéndola siempre.

En suma, no está mal identificarse con aquellos dos discípulos doloridos. Ya que, entonces, podremos alimentar la esperanza de que el Resucitado está a punto de acercárenos, ponerse junto a nosotros y hacerse compañero nuestro. El hecho es que, como aquellos discípulos, nosotros también podemos pasar horas hablando con Jesús sin sentirnos entusiasmados por él. Como ellos, sabemos relatar su vida y milagros sin que eso cuente realmente para nosotros. Resulta prometedor que el Resucitado, ayer en Emaús y hoy con nosotros, no exija ser reconocido para salirnos al encuentro y comenzar a acompañarnos. Nuestro descorazonamiento no le descorazona, ni nos abandona cuando lo hemos abandonado; no le importa que seamos lentos para comprender o fríos de corazón: si le damos una oportunidad, volverá a acercarse y, explicándonos lo que no entendemos, nos devolverá el entusiasmo perdido y la fe. *Si el Resucitado acompaña a quien lo está abandonando, tenemos pues razones para esperar que un día se haga el encontradizo y se prodigue en entusiasrnos.*

Sin reconocerlo todavía, aquellos discípulos se atrevieron a invitarlo para que permaneciera con ellos. Oscurecía el día y su fe aún no se despertaba; pero ofrecieron su casa al desconocido, compartieron mesa y pan con quien habían compartido camino y conversación; y mientras cenaba con ellos, partiendo el pan, se dieron cuenta de que su invitado era el Señor: el viandante desconocido era en realidad Jesús Resucitado. Ayer como hoy, la Eucaristía, convivencia casual entre viandantes y memoria obligada del Señor para conocerlo, es el lugar privilegiado para reconocer al Resucitado: para saberlo ya vivo y cercano no es necesario más que compartir su mesa y recibir su pan.

Saberlo vivo hizo innecesaria su presencia. La experiencia del Resucitado no es un gozo momentáneo, sino más bien una convicción que proclamar. Reconocido, Cristo se vuelve invisible: saberlo vivo es más decisivo que tenerlo a mano; percibir su presencia vuelve inútil el sufrimiento por su ausencia. Y dado que no pudieron callar su alegría ni callar su experiencia común, volvieron, de noche, a Jerusalén para comunicar a los hermanos su maravillosa aventura.

He aquí las etapas fundamentales del itinerario que deberíamos recorrer, si deseamos recuperar la certeza de que Cristo vive y la alegría de saberlo cercano a nosotros.

1. Los de Emaús no dejaron irse al compañero, aunque fuera desconocido: le ofrecieron la propia casa y el alimento. Aunque con esto no han hecho nada fuera

de lo común, han vivido una experiencia extraordinaria: el invitado resultó ser su Señor. *Quién sabe si perdemos a Dios, no ya porque no lo sintamos lo suficiente, ni porque no podamos reconocerlo mientras camina a nuestro lado por el camino, sino porque no nos atrevemos a acogerlo en nuestra casa; por no hacerle un hueco en nuestra vida de familia, por no ofrecerle nuestra casa y nuestra intimidad, Jesús continúa pasando de largo.* Debería hacernos pensar que Jesús no se hace conocer durante el trayecto, mientras explicaba las Escrituras, sino en casa, en torno a la mesa: la lección es evidente; pedimos a Dios que permanezca con nosotros, le pedimos que no caiga la tarde sobre nuestras casas y nuestra fe sin que Él comparta la mesa con nosotros. Quien no pueda ya reconocer a Dios es porque no le ha permitido entrar en su intimidad, en su familia, en su casa; para conocer a Dios, hace falta invitarlo a pasar por nuestra vida y pedirle que permanezca con nosotros. ¿Quizás está ya anocheciendo?

2. Los de Emaús reconocieron a Jesús en su huésped “al partir el pan”. Fueron lentos de corazón y cerrados de entendederas hasta que vieron el gesto característico de Jesús: la distribución del pan les hace salir de su ignorancia y recuperan el entusiasmo de la fe; lo recordaban muy bien, porque fue la última cosa que había hecho con ellos antes de morir; supieron entonces que el maestro vivía realmente; nadie como él sabía bendecir y partir el pan, antes de ofrecerlo. *Mientras haya quien, en su nombre y a su debido tiempo, nos parta el pan bendito, Jesús continuará mostrándose vivo a los suyos, abriendo los ojos a la inteligencia y volviendo a llenar de fervor los corazones: basta ver como parte el pan delante de nosotros para no poder dudar que está entre nosotros. Quien no quiera perder a Cristo Resucitado, no deberá perderse el momento en el que Cristo parte su pan.*
3. Los de Emaús, cuando supieron que el Señor estaba vivo, volvieron a Jerusalén. Dejaron la cena sin terminar y la casa vacía. No quisieron dormir esa noche hasta que todos conocieran lo que había sucedido: los mismos que se habían alejado, desilusionados por todo, volvieron a gran velocidad para transmitir su experiencia. *Nadie que haya visto al Señor puede callarse: quien sabe que Jesús vive, porque se ha partido el pan delante de él, no puede sino compartir su experiencia con todos los invitados; esto obliga a vivir en común la propia fe; la casa del testigo del Resucitado no es su propia casa, sino más bien la comunidad cristiana.* Comprometerse a ser cristiano por uno mismo o en la más estrecha intimidad quiere decir arriesgarse a perder de vista a Cristo y dejar de saberlo vivo. Ni más ni menos.

No nos lamentemos, pues, de no haber visto al Señor; no tenemos ningún derecho a sentirnos defraudados por él, si no hemos recorrido personalmente nuestro camino a Emaús. *Jesús, y éste Resucitado, puede esperarnos en cualquier camino para hacerse el encontradizo, explicarnos las Escrituras y devolvernos la fe y el valor. Pero no lo olvidemos: hasta que no volvamos a la comunidad y al testimonio, fascinados por Jesús, no sabremos realmente que lo hemos encontrado.*

► El anaquel

‘Repuestos Menéndez’⁷³

Fernando Millán, O. Carm.

Hace unos años fui a un país africano para la inauguración de un nuevo convento carmelita. Los que hayáis estado allí, sabéis con cuánta solemnidad, aire festivo y calma se desarrollan estas celebraciones, llenas de vida y de participación gozosa a través del canto, del baile, de los signos y símbolos. Presidía el arzobispo local que tenía un carácter ligeramente áspero. Poco *antes* de salir en procesión ya había llamado la atención a dos sacerdotes por hablar en la sacristía improvisada y a otros por no vestir suficientemente de acuerdo a la celebración.

Hacía un calor sofocante y los hermanos me sugirieron que me quitara el hábito y que me pusiera el alba y la casulla sobre la camiseta y así lo hice. Era una camiseta (todavía me acuerdo) de publicidad de *Repuestos Menéndez*, una de esas camisetas que uno guarda (muchos años) para los viajes. Al terminar la celebración y volver a la sacristía, me quité los paramentos litúrgicos, pero mi hábito no aparecía. Mientras yo me ponía nervioso y sudaba cada vez más (ahora por el apuro), los mil fotógrafos (profesionales y aficionados) nos iban haciendo fotografías sin parar: el señor arzobispo con cara de pocos amigos, muchos clérigos elegantísimos y yo con mi publicidad de *Repuestos Menéndez*, colorado como un tomate.

El hábito apareció tras algunos minutos (que se me hicieron eternos) y ahí quedó la anécdota. Uno que ya va teniendo tablas, salió del apuro, más aún, lo espiritualicé (en el mejor sentido de la palabra), pues había oído hacía poco a Enzo Bianchi que “*El camino más seguro para alcanzar la humildad consiste en pasar a través de las humillaciones*”. Pues bendito sea Dios. Pero a mí me quedó la duda de si no somos demasiado tendentes a esconder entre capisayos y sahumeros, entre observancias y dignidades, lo sencillo, lo que somos, de dónde venimos (*Repuestos Menéndez* era una empresa de mi barrio en Madrid que quizás todavía exista), todas esas cosas que nos hacen cercanos a todos los seres humanos (familia, amigos, raíces) sea cuál sea nuestro cargo, nuestra dignidad o nuestro título. En algunos casos -peor todavía-, hay quien parece avergonzarse de sus orígenes sencillos, de las gentes que no nos llaman ni

⁷³ Publicado en su blog “Signos, gestos, guiños”: <https://vidareligiosa.es/blogs/signosgestosguinos/2016/04/04/repuestos-menendez-abril-2016/#comment-38>.

“Reverendísimo”, ni “Eminencia”, ni “Excelencia”, sino por el nombre de pila (el título más hermoso y el primer regalo que nos hizo la Iglesia).

Debajo del hábito todos llevamos la camiseta de *Repuestos Menéndez*. No nos quita dignidad, ni a nosotros, ni a los cargos, títulos y ministerios que son importantes y respetables, ojo, pero que no nos pueden hacer renegar de lo que somos. Es –de forma muy análoga y salvando todas las distancias– como el Misterio mismo de la Encarnación del Verbo... *que no hizo alarde de su categoría de Dios (...) pasando por uno de tantos* (Flp. 2, 6-7).



La levedad de los días

“Abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos...” [Mateo 2,11]

Romper el alma o partir el corazón

Hoy he paseado por otros lugares. He tratado de conocer y ver la inocencia y la cordura encarnada en alguien del que no se espera tal madurez. Y, por eso, vamos de sorpresa en sorpresa. La experiencia de lo vivido, los protagonistas la sintetizan así: “¡Precioso! ¡Genial!”. Estas admiraciones no expresan, como dicen los lingüistas, un concepto sino que encierran toda la realidad del sentir. No es algo que se cuenta; es algo que trata de reflejar un acontecimiento vital. Más que contar, dejar hablar al corazón para el que las palabras se agrupan en otro diccionario.

Los días anteriores han sido maravillosos. Nada más ilusionante que la espera de lo que se ama, sabiendo que va a acontecer. Y la tarde, esta tarde..., ¡preciosa! o ¡genial! O sea, que el comienzo y el final son descritos de la misma manera. La ilusión abarca de principio a fin... ¡Y que dure! Tiene todos los visos de perdurar.

Cerca de cuatrocientos niños, de tres a siete años, desfilan, uno por uno, ante los pajes de los reyes magos para entregarles sus cartas con los regalos preferidos. Era una práctica escolar habitual en estas fechas. Pues, en este gesto sencillo, infantil, humano, hay detalles que te parten el corazón o te rompen el alma. No sé dónde he leído que lo más importante de mi vida en estos últimos años lo he aprendido de los niños. Yo firmaré este aserto sin ninguna vacilación.

Y lo primero, el contraste entre niños que hacen una larga lista de peticiones o de recortes de regalos, sacados de catálogos y pegados en la carta, porque aún no saben escribir, y los que se conforman con pocos. Es triste observar las mentes de los más pequeños contagiadas y contaminadas por el ansia consumista.

Pero hay gestos que te obligan a pensar, y que te confirman lo que de alguna manera es comúnmente admitido entre quienes se dedican a la educación de los niños: “Te pido que mis padres tengan más tiempo para estar conmigo”. ¡Un grito de angustiada soledad!

Otro héroe del tiempo presente, con sus siete añitos, pide también una sola cosa: “Te pido un trabajo para mi mamá, pronto”. Y cuando se acerca al paje, abrazado a él, se lo repite, como insistiendo en su concesión inmediata; no hace falta esperar a la noche de Reyes. Tiene todos los visos de una urgencia vital y necesaria.

Vamos que como para romperte el alma o partirte el corazón. Escoge, amigo lector. Pero lo bueno del caso es que, semejantes a estos detalles que hemos percibido, hay otros muchos, no de menor intensidad, que han llegado al corazón del Niño que nace. Y allá en el cielo, alguien ha dicho: “Aunque solo sea por esto, merece la pena que Dios se haga Niño”. Apunta en tu corazón esta nueva teoría de la Encarnación.

Isidro Lozano

TU MISIÓN: ¡EN MARCHA!



Jugador 1



salesianos

SANTIAGO EL MAYOR

